

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ESTUDIOS DE GÉNERO**

CONVOCATORIA 2011-2013

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN GÉNERO Y DESARROLLO**

**EL MARGEN DEL MARGEN: LA MULTIDIMENSIONALIDAD DE LA
VIOLENCIA, EN UNA MUJER Y SU FAMILIA AFRODESCENDIENTE QUE
HABITA EN EL BASURAL DE UN BARRIO PERIFÉRICO DEL SUR DE LA
CIUDAD DE QUITO**

MARÍA GABRIELA DE LA CRUZ LANDÁZURI

JUNIO 2014

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ESTUDIOS DE GÉNERO**

CONVOCATORIA 2011-2013

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN GÉNERO Y DESARROLLO**

**EL MARGEN DEL MARGEN: LA MULTIDIMENSIONALIDAD DE LA
VIOLENCIA, EN UNA MUJER Y SU FAMILIA AFRODESCENDIENTE QUE
HABITA EN EL BASURAL DE UN BARRIO PERIFÉRICO DEL SUR DE LA
CIUDAD DE QUITO**

MARÍA GABRIELA DE LA CRUZ LANDÁZURI

ASESORA DE TESIS: DRA. LISSET COBA

LECTORES/AS: DRA. CRISTINA VEGA

DRA. SUSANA WAPENSTEIN

JUNIO 2014

DEDICATORIA

A mis padres, porque en la fragilidad de la vida han estado a mi lado para alentarme y seguir cada uno de mis pasos. Me llena de satisfacción el hecho de que me vean subir un peldaño más y poder eternizarlos con este estudio que permanecerá en el tiempo.

A mi hija, María Sol, porque eres un “Sol de vida”. El hecho de que existas es suficiente para a diario disfrutar de la alegría, así como también para enfrentar las vicisitudes que la vida nos ofrece. Recuerda Solcito que las luchas son varias, siempre debes sentirte dichosa porque eres un ser humano extraordinario que con tu inteligencia y sensibilidad podrás cumplir y alcanzar todos tus objetivos.

A mi esposo, David, por creer que el amor y el conocimiento son la base para ser mejores seres humanos. Este trabajo que contiene la inconmensurabilidad de la vida cotidiana será lo que siempre apreciaré por su ejemplo de ser un hombre que brilla con luz propia. Tu frontalidad y lucha contra la inequidad y la subjetividad política, son para mí alternativas que en nuestro mundo, a través de la familia, seamos más libres.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, a mi padre, a mis hermanos: Marco Antonio y Ramiro “el Chuchu”, a mis hermanas: Liliana y Sandra, por creer en mí y ser un ejemplo, que desde niña admiré. A mi esposo y a mi hija por su amor, confianza y comprensión; son los pilares que hicieron posible concluir este trabajo de investigación. Gracias. Los AMO a cada una/o de ustedes.

A mis suegros, Glorita y Genarito, por sus consejos en base a cariño y sinceridad. Ustedes me han enseñado que la perseverancia y la autenticidad son herramientas que deben estar presentes a cada instante de la vida.

De igual manera a mi Directora de Tesis, Lisset Coba, gracias por su interés y constante apreciación de mi trabajo. Con su conocimiento supo orientar acertadamente todas mis ideas, así como también transmitir mensajes basados en el reconocimiento y agencia que como mujeres nos hacen trascender.

A todas aquellas mujeres que compartieron sus historias de vida e hicieron posible el desarrollo de este trabajo, especialmente a “Dalila” y Lucía; gracias por su apertura y confianza que permitieron establecer, más allá de la empatía, una relación fraterna que espero se mantenga a lo largo del tiempo y sin importar la distancia que nos separa.

Al grupo “Alba Ranco” por los recorridos nocturnos que significaron momentos de reflexión y amistad que permanecerán latentes en nuestros corazones.

"I would like to acknowledge Dr. David Harvey, whose theory is a fundamental base for this work, for sharing and spreading knowledge, which are woven into our subjectivity. It was an honor to meet him and understand the valuable mark he left on the building science. I would like to extend my sincerest appreciation for the influence he had on this work."*

* “Al Dr. David Harvey, teórico en quien se fundamenta parte de este trabajo, por compartir y contagiar saberes, que se entretajan en nuestra subjetividad. Fue un honor conocerle y sepa que ha dejado una valiosa huella en la construcción de la ciencia ¡Hasta pronto!”¹.

¹ Traducido por KELLY, Ian, Docente de Bachillerato Internacional.

ÍNDICE

Contenido	Páginas
DEDICATORIA.....	3
AGRADECIMIENTOS.....	4
ÍNDICE.....	5
RESUMEN.....	7
CAPÍTULO I.....	9
SEGREGACIÓN ESPACIAL, VIOLENCIA ESTRUCTURAL Y GÉNERO	9
1.1 OBJETIVOS.....	14
1.1.1 Objetivo General.....	14
1.1.2 Objetivos Específicos.....	14
1.2. Revisión de la literatura relevante y supuestos teóricos	14
1.2.1 Mujeres sobreviviendo en la ciudad.....	15
1.2.2 Familia, cambios y roles de género.....	16
1.3 Marco teórico.....	16
1.3.1 Continuum Folk Urbano, desplazamiento y segregación espacial.....	16
1.3.2 Pobreza y márgenes sociales.....	18
1.3.3 Violencia estructural: violencia de género y racismo	20
1.3.4 Feminización de la pobreza y organización social del cuidado	22
1.4 Estrategias metodológicas.....	24
CAPÍTULO II.....	27
EL BASURAL: VIOLENCIA POR PROCESOS DE SEGREGACIÓN ESPACIAL Y RELACIONES INTERÉTNICAS EN EL BARRIO	27
2.1 Descampesinización del barrio Jesús del Gran Poder (1961 – 1969).....	30
2.2 Proceso de migración indígena y alianzas con los mestizos del barrio (1978 – 1980).....	34
2.3 La construcción del margen del margen (1983 – 2004).....	37
2.4 A manera de cierre: Segregación espacial y no espacio	41

CAPITULO III	45
HISTORIA DE VIDA DE DALILA SALAS Y SU FAMILIA, VIOLENCIA, SEXUALIDAD Y MATERNIDAD.....	45
3.1 Proceso de desigualdad socioeconómica y racista por parte del estado y las empresas madereras.....	47
3.2 La repartición de los hijos y las hijas	52
CAPÍTULO IV	62
DESDE EL BASURAL DEL BARRIO, DIVISIÓN SEXUAL Y GENERACIONAL DEL TRABAJO	62
4.1 Espacio y afectos: Proximidad y distancia	65
4.2 División sexual y generacional del trabajo	68
4.3 Los afectos, violencia y creatividad: la supervivencia de la familia Salas.....	73
4.4 A manera de cierre: la organización social del cuidado en los márgenes	75
CAPITULO V	79
CONCLUSIONES GENERALES	79
LUEGO DEL TRÁNSITO Y LA ESTADÍA EN LA VIDA DE DALILA SALAS Y SU FAMILIA	79
BIBLIOGRAFÍA	84
Entrevistas	88
ANEXOS	90

RESUMEN

Continuamente se lee, mira y escucha sobre violencia; hay muchas formas y actos que son violentos. Pero ¿Qué es la violencia?, ¿Cómo funciona?, y ¿Cómo interviene en la organización de una familia que ha pasado por formas de exclusión y empobrecimiento? Este trabajo pretende develar los procesos y dinámicas que se producen en la violencia estructural, en dos contextos sociales que confluyen para conformar un lugar común donde se estructuran relaciones sociales de marginación y exclusión.

Esta propuesta investigativa se enmarca en una perspectiva interdisciplinaria que incluye aportes de dos ramas teóricas: género y antropología. Esta forma de análisis permite reflexionar sobre los encadenamientos de la violencia que recaen principalmente en hogares que habitan en el margen del margen, es decir, lugares que han sido estigmatizados y abandonados por el Estado, y donde sus habitantes están expuestos y excluidos de la insatisfacción de sus necesidades y derechos.

En nuestro país, aproximadamente desde los años sesenta, las poblaciones indígenas y afroecuatorianas atravesaron/atraviesan por procesos de migración, desplazamiento y segregación espacial, sobre todo, como efectos de prácticas históricas racistas que han generado desigualdad económica, política y social. Para el caso de esta investigación se reconocen, al menos, dos hechos históricos que reforzaron el imaginario segregacionista: por una parte la reforma agraria (60 -70), y por otra, las políticas neoliberales que aceleraron el extractivismo (en el caso de la población afroesmeraldeña, la intervención de las empresas madereras en sus territorios). Ambos hechos están directamente relacionados con la investigación planteada; por un lado, la reforma agraria fallida y la fuerte urbanización de las ciudades, fueron algunas de las causas para que se creara el barrio “Jesús del Gran Poder” (barrio rural de la ciudad de Quito), y por otro, las políticas extractivistas que se gestaron en el periodo neoliberal, provocaron una fuerte migración de la población afroesmeraldeña (en el caso de este estudio de la parroquia Carlos Concha de Esmeraldas hacia Quito). Se produjo empobrecimiento por desposesión territorial, precarización del trabajo, etc., lo que condujo a que las familias opten por asentarse en las ciudades en búsqueda de mejores oportunidades laborales y reconocimiento social.

De esta forma, se puede observar que la violencia estructural opera como violencia racista y de género. Esto se demuestra en la historia de vida de Dalila, mujer

afrodescendiente, madre de doce hijos e hijas. Ella, junto a su hija mayor, logró huir de la violencia socioeconómica y machista de su lugar de origen, para posteriormente migrar y acentuarse en el barrio “Jesús del Gran poder” a vivir en un basural; margen espacial y simbólico desde donde, junto a su familia, han experimentado segregación, exclusión y racismo. Gestándose un nuevo tipo de violencia. En esta dinámica social, la familia ha creado como estrategia de sobrevivencia y de obtención de recursos económicos, el reciclaje de cartón, plástico y vidrio. Desde esta perspectiva se abordará la organización social del cuidado, ya que es la fuente fundamental de los afectos.

CAPÍTULO I

SEGREGACIÓN ESPACIAL, VIOLENCIA ESTRUCTURAL Y GÉNERO

“Violencia cotidiana, horror político y doméstico,
locura; éstos son términos y temas “fuertes”
para una antropóloga. Aunque este libro no ha
sido escrito para los débiles de corazón, sí que quiere
devolver a la antropología a sus orígenes al reabrir,
sin pretender con ello resolver, las cuestiones desconcertantes
del relativismo moral y ético”
(Scheper – Hugues, 1997)

A través de mi experiencia profesional, como psicóloga clínica de una Organización No Gubernamental (Ong), que trabajó en proyectos sociales destinados a la educación de niños, niñas y adolescentes, tuve la oportunidad, hace tres años atrás, de ser parte de un equipo de profesionales que laboró en un Centro de Desarrollo Infantil en el barrio Jesús del Gran Poder, ubicado en el sur de Quito. El trabajo en esta institución me permitió conocer a madres y padres de familia que confían el cuidado de sus niños y niñas a un Centro de Desarrollo Infantil. Si bien sus condiciones económicas, étnicas y culturales eran distintas, una misma realidad las acogía: la desigualdad y la exclusión.

No obstante, una familia, dentro de las tantas que habitan en el sector, llamó mi atención, ya que era la única dentro del centro infantil de filiación afrodescendiente. Dicha familia está compuesta por un número considerable de hijos e hijas: en total doce. Las condiciones de vida de aquellos infantes eran bastante graves, frecuentemente había la presencia de enfermedades dermatológicas y nutricionales que dieron paso a problemas de aislamiento al momento de comer o dormir con el resto de niñas y niños de la institución, pues había el temor de que haya algún tipo de afección. Sumado a todo esto, hay que mencionar que la persona que diariamente retiraba a los niños y niñas del centro, por lo general, era su hermano mayor, quien hacía las veces de su representante.

Cabe anotar que la familia vive en un sitio periférico del barrio “Jesús del Gran Poder”, un lugar que por largos años ha sido destinado al depósito de basura. El no contar con un servicio regular de recolección de desechos, provocó que los habitantes

coloquen sus desperdicios en este terreno aparentemente abandonado, sobre todo porque su actual dueña, durante un largo período de tiempo, no reclamo su tierra.

Ante esta realidad nació el afán teórico de investigar el contexto y las condiciones de vida de esta familia. Para esto fue necesario mantener una entrevista con la mujer que ha sido sostén del hogar. Ella, una mujer de aproximadamente cuarenta años de edad, me relató brevemente su situación socioeconómica, caracterizada por la segregación, que ha marcado la vida familiar, convirtiendo la violencia en un elemento central. De ahí surge mi motivación por realizar este estudio que analiza la multiformidad de la violencia, en relación a la división sexual y generacional del trabajo a través de la historia de vida, y los procesos de desplazamiento y marginación que ha sufrido Dalila “Salas”² y su familia.

La familia Salas, compuesta por Dalila y sus doce hijos e hijas, ha experimentado una serie de despojos, desplazamientos y segregación, no solamente desde su llegada al barrio quiteño, sino desde mucho tiempo atrás, en su parroquia de origen: “Carlos Concha”, ubicada en provincia de Esmeraldas. Este recorrido migratorio, propio de los países latinoamericanos, desde Harvey se presenta como un proceso de empobrecimiento por desposesión (Harvey, 1977), caracterizado por una mayor desigualdad e injusticia con el fin de conseguir beneficios económicos para las empresas privadas. En el caso de esta población, el usufructo económico para dichas empresas fue a través de la tala del bosque, que con un sin número de actos violentos ejercieron explotación, tanto laboral como salarial a toda la población. Explotación que no solo afectaba a los hombres sino también a las mujeres y a los niños/as.

La pérdida de territorios ocupados para la deforestación generó: despojo y desposesión, y por lo tanto, empobrecimiento donde se reprodujo la violencia machista y obligaron al traslado migratorio de Dalila y su familia a la ciudad de Quito. Esta realidad nos conduce a una reflexión sobre el carácter social del espacio como territorio, que según Harvey, pasa por un proceso de construcción humana y social, “el espacio no es en sí mismo ni absoluto, ni relativo, ni relacional, pero puede llegar a ser una de estas cosas o todas a la vez según las circunstancias” (Harvey, 1977: 06).

²Pseudónimo utilizado para proteger la identidad de la familia objeto de estudio. Esta familia se compone de una mujer, madre de 12 hijos e hijas, la mayoría de ellos/as son pequeños/as aún.

Por tanto, el despojo es una forma de violencia que produce, conduce y obliga a amplios grupos humanos a desplazarse a las grandes urbes, donde finalmente se consolidan los procesos de exclusión. Este crecimiento urbano y económico, es producto de un desarrollo desigual e inequitativo que ha afectado a la población pobre de nuestro país. Uno de los grupos más golpeados por este tipo de cambios han sido los campesinos, que consecuentemente optan por la migración a la ciudad. Dentro de este éxodo moderno, surge lo que Wacquant (2004) llama los *Parias Urbanos*, es decir, nuevas formas de pobreza, profundamente arraigadas en la sociedad, semipermanentes o permanentes, muy concentradas, estigmatizadas, y que se han ido ubicando en barrios “olvidados”. Estos lugares son altamente racializados y estigmatizados, se crean imaginarios sociales donde la delincuencia y la violencia campean. De acuerdo a Wacquant, estos lugares sufren una estigmatización territorial adicional, puesto que, a más de ser considerados pobres, renegados, desposeídos, generan desconfianza social entre todos los que habitan el espacio; minando de esta forma, hasta, la posibilidad de solidaridad entre ellos. Habitar el basural es una evidencia fehaciente de cómo funciona la violencia estructural, más aun cuando se suman la violencia racista y de género.

El despojo, la segregación espacial, el racismo, el machismo conforman esta violencia estructural; todos estos se hallan encadenados, yuxtapuestos, coexisten de maneras distintas. En este contexto, el habitar de la familia Salas en el basural remite la recreación de los roles tradicionales de género y generación, es decir se reorganizan alrededor de la madre quien es a la vez proveedora y cuidadora, con el apoyo de sus hijos e hijas mayores y menores.

En este contexto se plantea la siguiente pregunta investigativa: ¿Cómo es el paraje de Dalila y su familia en el basural del barrio?, ¿Cómo llegó ahí? y a partir de esto, ¿Cómo se encadena la violencia estructural en este espacio, donde el reciclaje de basura son la principal estrategia de subsistencia en Dalila Salas y su familia?

El presupuesto del que se parte es que la segregación espacial que experimentan personas al borde del empobrecimiento extremo es resultado de la articulación de contextos rurales empobrecidos que se desplazan a la ciudad.

Para comprender la vida de Dalila Salas y su familia la propuesta es reconstruir la creación del barrio Jesús del Gran Poder³. El barrio, ubicado en la parroquia urbana de Chilibulo⁴, es considerado por el Municipio de Quito como una localidad rural. Para el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC) el barrio es considerado como una localidad dispersa⁵, es decir, un territorio rural dentro de lo urbano (INEC, 2011). En términos demográficos, el barrio está compuesto por un gran porcentaje de población migratoria de la sierra central, especialmente de las provincias de Tungurahua, Chimborazo y Cotopaxi. En este lugar la atención estatal ha sido mínima, los servicios básicos han sido obtenidos a través de trabajo de la misma comunidad.

Dalila y su familia viven en los márgenes de la localidad. Desde su llegada, ella ha sido socialmente considerada como la productora y reproductora del basural, pese a que el basural fue creado por los mismos habitantes del barrio, la basura ha sido adherida como imagen suya. Es aquí donde se cruza la historia del barrio con la de Dalila y su familia.

A partir de estos hechos la propuesta es comprender la marginalización como una serie de procesos que permiten la emergencia de sujetos que son ubicados en las periferias, los parias urbanos, en términos de Wacquant (2004). Según Das y Poole (2008) los márgenes son lugares donde el Estado no ha podido instaurar el orden, es decir, son sitios de práctica donde los derechos y las necesidades de las poblaciones marginalizadas no son satisfechas. Scheper Hughes (1997) sostiene que en los márgenes el continuum de violencia persiste a través de las generaciones, porque los márgenes son lugares de múltiples violencias.

A partir de la conformación del basural, sitio en donde habita la familia Salas, la apuesta es entender ¿Cómo se reproducen dos formas de violencia estructural, la que surge desde el ejercicio vertical del poder, es decir, desde el abandono del Estado y la

³ El barrio está ubicado en las periferias del sur de Quito, se conformó en el año de 1962 con el nombre: “Comuna Tarma Jesús del Gran Poder”.

⁴ Además el Municipio considera a esta parroquia una superficie de protección ecológica, es decir que hay límites de asentamiento, pues es una zona de riesgo, ya que está ubicada en una pendiente pronunciada. (INEC, 2011) y (Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2010).

⁵La localidad dispersa pese a formar parte de un espacio urbano, es un área rural o periférica. El código catastral de la localidad dispersa es: 17015099902502. Asimismo es una forma que el INEC utiliza para nominar e identificar las zonas donde se deben realizar los censos. (INEC, 2011) y (Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2010).

que corresponde a un ejercicio micro vertical que abarca lo interpersonal?, donde la violencia de género afecta la intimidad que cruzan la vida de Dalila. En este contexto, el peso de la sobrevivencia y el cuidado que debería garantizar el Estado recae sobre los sujetos más vulnerables, reproduciendo una organización social del cuidado de la madre y los/as hijos/as pequeños/as y adolescentes.

A esto hay que súmale que en algunos hogares es frecuente que la organización del cuidado recaiga sobre las mujeres; el empobrecimiento por no disponer de ingresos propios, recibir salarios más bajos, inserción laboral precaria y segmentada, ausencia o baja cobertura de la seguridad social, escasa experiencia laboral por dedicarse a las tareas del hogar, etc., son elementos que permiten comprender a fondo, y de manera más compleja la historia de Dalila y su familia. A partir de la vida de Dalila Salas y sus hijos e hijas, se podrá reflexionar sobre las tareas de reproducción social que viabilizan su existencia (Vega, 2007).

1.1 OBJETIVOS

1.1.1 Objetivo General

Analizar el desplazamiento de Dalila Salas y su familia al barrio Jesús del Gran Poder (basural del barrio), y en este contexto comprender los encadenamientos de la violencia estructural a través de la segregación, racismo y violencia de género.

1.1.2 Objetivos Específicos

- Analizar los procesos de segregación espacial que llevaron a la emergencia del basural del barrio Jesús del Gran Poder.
- Indagar los encadenamientos de la violencia estructural y de género, en el lugar de procedencia de Dalila Salas y su familia.
- Mostrar la organización social del cuidado como principal estrategia de supervivencia y cuidado, a partir de la división sexual y generacional del trabajo en el basural del barrio, lugar de vivienda de la familia Salas.

1.2. Revisión de la literatura relevante y supuestos teóricos

El interés de esta investigación es explorar las formas que toma la violencia estructural en un espacio determinado, misma que se articula en dos sentidos: por un lado, a una verticalidad social y, por otro, a una micro verticalidad en la intimidad⁶. Esta perspectiva se la toma desde dos disciplinas: género y antropológica, a través de autores y autoras que permitan problematizar sobre esta temática.

Los estudios que se han realizado en torno a segregación espacial, violencia, familia, estrategias de sobrevivencia y división sexual del trabajo, permiten formar varios ejes temáticos desde donde se puede discutir: Continuum folk urbano; desplazamiento y segregación espacial; márgenes sociales; violencia estructural, violencia de género y racismo; y, organización social del cuidado. Estos ejes recogen las discusiones teóricas y analíticas conceptuales que permiten situar la discusión de la multiformidad de la violencia, así como también la organización social del cuidado que ocurren en una familia en situación de extrema pobreza.

⁶Idea tomada de la Revista Flor del Guanto Nro. 4. “A ras del suelo en esta ciudad andina”, 2007. MANIFIESTO FEMINISTA.

Se ha escrito poco acerca de la familia y la exclusión en el Ecuador, no obstante los estudios que nutren estos temas, se desarrollan alrededor de las estrategias de vida que adoptan las mujeres para sobrevivir en la ciudad, enfocadas en la consecución de recursos económicos, así como también en los cambios de los roles de género en la familia. A continuación se exponen los cambios más relevantes:

1.2.1 Mujeres sobreviviendo en la ciudad

A partir de la revisión bibliográfica sobre los estudios realizados alrededor del tema de la familia y pobreza, Raichtaler (1983) investiga el papel de la mujer en las estrategias de sobrevivencia popular en un barrio del norte de Quito. Su argumento central es que la familia y la división del trabajo familiar son fundamentales para la sobrevivencia, ya que en esos espacios se encuentra estabilidad y adaptabilidad de sus miembros para asegurar la reproducción y para resolver la economía del hogar. Además, la autora plantea que la unión comunitaria y la organización social, en poblaciones rurales, son fundamentales para promover dichas estrategias de sobrevivencia. Las ayudas se dan en situaciones de parentesco, vecindad, amistad o compadrazgo. Esta última afirmación planteada por Raichtaler, desde el estudio propuesto, será cuestionada, ya que el barrio “Jesús del Gran Poder” ha excluido a la familia de Dalila, ubicándola en el basural.

Cerón (2010) realiza una tesis acerca del enfoque de género en los programas sociales de superación de la pobreza, centra su estudio en las acciones que han tomado las mujeres para conseguir el Bono de Desarrollo Humano (BDH) y cómo esta obtención del bono se ha reflejado en las familias beneficiadas, tomando como caso de estudio el barrio Turubamba de Monjas. En síntesis, lo que esta autora explica es que ser parte del grupo favorecido por el bono es auto declararse pobre, ubicándose en desventaja frente a los otros, y dejando de producir. En efecto, las mujeres han asumido el desenvolvimiento de roles en la esfera privada de apoyo, sostenimiento y articulación, dadas las múltiples complejidades a las que cotidianamente deben enfrentarse, especialmente las dificultades económicas y una ubicación generizada de sus roles en la sociedad. A pesar de ello, muchas han logrado establecer estrategias que les permiten trasgredir el orden social y cultural impuesto, creando y articulando espacios de participación en la esfera pública. Cerón afirma que el trabajo de las mujeres es vital para la supervivencia de la familia, y aunque las madres continúan preparando a las niñas en el trabajo doméstico también dan importancia al estudio como un requisito para

tener un trabajo remunerado. En suma, “la división del trabajo por género en el interior de las familias sigue imponiendo una doble carga de trabajo a las mujeres” (Cerón, 2009:70). La perspectiva de la autora tiene un tinte más económico, ya que aborda de manera sucinta las tareas de cuidado, tales como: la preparación de los alimentos, la higiene, la atención en caso de enfermedad; no así, la agencia materna en torno al trabajo de cuidado es uno de los ejes de mi investigación.

1.2.2 Familia, cambios y roles de género

Reyes (2002), Olavarría (2002) y Valdivia (2008) realizan estudios referidos a la familia, cambios y roles de género. Reyes analiza a la familia ecuatoriana y los cambios a nivel de las estructuras, prácticas y dinámicas sociales. Para este autor dichos cambios generan tensión en el imaginario social, sobre todo al momento de romper o acabar con el llamado “núcleo de la sociedad”. Por otra parte, el argumento central de Olavarría es que los varones construyen su subjetividad a partir de las relaciones de género para entretejer sus roles dentro de la familia. Finalmente, Valdivia a través de un recorrido histórico, relaciona a la familia tradicional, con los otros tipos de familias – nuclear reducida, monoparental, unión libre, parejas homosexuales, reconstituidas o polinucleares (Valdivia, 2002:19) – y los roles que tanto hombres como mujeres desempeñan en las mismas. Los tres autores, en sus estudios respectivos, exponen los cambios en los roles de género, en relación con convencionalidad desde la sociedad, entre estos, las actividades que las mujeres desarrollan en casa, en las tareas domésticas.

1.3 Marco teórico

1.3.1 Continuum Folk Urbano, desplazamiento y segregación espacial

El crecimiento urbano y la migración de poblaciones campesinas, ha sido objeto de estudio favorito de las ciencias sociales, especialmente de la antropología. Redfield (1945) en su estudio enfatiza los elementos de la sociedad moderna, colocando éstos como antítesis de la llamada “sociedad folk” o sociedad pequeña, aislada, analfabeta u homogénea, caracterizada por un gran sentido de solidaridad grupal. Para el autor las sociedades folk o rurales remiten a espacios idealizados donde todo es homogéneo.

Por su parte, Lewis (1963) cuestiona la descripción de sociedades folk, realizada por Redfield, como fomentadoras de la proximidad entre individuos, ya que para Lewis los miembros de una comunidad pequeña, si bien conviven y practican una solidaridad

de grupo, poseen una dinámica distinta a la vivida por los miembros de una sociedad urbana, donde hay relaciones más distantes y no se ayudan entre todos, pero se pueden generar relaciones sociales más íntimas entre pocos, como por ejemplo, una “simple reunión de cocktail”.

En oposición a Redfield (1945) y a Lewis (1963), Kingman (2009) propone que las relaciones excluyentes y discriminaciones se sostienen en relaciones estamentales más amplias, es decir, se produce una división entre los mismos sujetos subordinados, a partir de las diferencias étnicas y discriminatorias, desembocando en lo que el autor llama orden y civilización. El autor reflexiona sobre la relación campo – ciudad, y manifiesta que se considera a la ciudad diferente al campo, puesto que mientras la primera es “la civilización”, “el orden”, “el centro de todo”; el campo es lo contrario, “la barbarie”, “el caos” y “la dispersión”. Alrededor de los años 60’s, “los barrios y asentamientos ubicados en sus márgenes recorrían por senderos (llamados chaquiñanes) y buscaban pasos por las quebradas” (Kingman, 2008: 179), estas últimas funcionaban como límites entre un barrio y otro.

Harvey (1977) desde sus estudios realizados como geógrafo en los guetos ingleses, considera que la segregación espacial ocurre como resultado del desplazamiento de los sujetos empobrecidos por el sistema capitalista. El proceso de segregación social y económica, deviene en una polarización de la economía, donde la brecha que divide a los ricos y los pobres se intensifica. La creación y mantenimiento de las periferias producen contextos de violencia y conflictos sociales, ya que la exclusión asienta las diferencias de clase, género y raza; por ejemplo, el autor menciona que los pobres tienen poco dinero para gastarlo, y consecuentemente su capacidad de habitar en un lugar de manera lícita decae rápidamente conforme se va distanciando de su lugar de trabajo, ya que les resulta más conveniente, en términos de ahorro, vivir en lugares pequeños en los que permanecen hacinados. Esto es posible en las periferias urbanas, ya que mientras más cerca se está del centro, más costoso es el lugar de vivienda (Harvey, 1977: 140).

En síntesis, los procesos de formación urbana no se deben, como diría Redfield (1945), a una división natural campo – ciudad, sino que son los procesos históricos, como aporta Lewis (1963) y sobre todo Kingman (2009), de desigualdad social entre el campo y la ciudad. No obstante, la segregación espacial y urbana crea y genera nuevos

espacios, uno de estos: las periferias que integran y reinventan, con su presencia, la ciudad. En palabras de Harvey (1977), el desplazamiento de los sujetos hacia las periferias constituye procesos de violencia, y pueden generar relaciones sociales conflictivas en el espacio. Esto se debe a que cada actividad social define un espacio propio, por lo tanto en territorios interétnicos intervienen patrones culturales e imaginarios sociales que generan procesos de racialización y de exclusión, porque el espacio social “está compuesto por un conjunto de sentimientos, imágenes y reacciones con respecto al simbolismo espacial que rodea al individuo” (Harvey, 1977: 28).

1.3.2 Pobreza y márgenes sociales

Como resultado de un proceso de segregación espacial están los márgenes sociales. Son espacios en los que el empobrecimiento y abandono estatal son sus principales características. Lewis (1961) teórico de la cultura de la pobreza, afirma que “la pobreza en las naciones modernas no es sólo un estado de privación económica, de desorganización, o de ausencia de algo. Es también algo organizado, que tiene una estructura, una disposición razonada y mecanismos de defensa sin los cuales los pobres difícilmente podrían seguir adelante” (Lewis, 1961: 08). En pocas palabras, para el autor la pobreza es un sistema de vida donde hay una diversidad de ocupaciones no calificadas: trabajo infantil, una escasez de ahorros y de dinero en efectivo, ausencia de reservas alimenticias en casa, entre otros. Algunas de las características sociales y psicológicas que se transmite a lo largo de líneas familiares son: el vivir incómodos y apretados, falta de vida privada, alcoholismo, uso de la violencia física en la educación de los niños, iniciación temprana en la vida sexual, etc. En breve, “los que viven dentro de la cultura de la pobreza tienen un fuerte sentido de marginalidad, de abandono, de dependencia, de no pertenecer a nada” (Lewis, 1961: 17).

No obstante, Scheper – Hughes (1997) critica la cultura de la pobreza de Lewis, en tanto se concibe a la pobreza como un proceso histórico – económico estructural, donde los pobres forman parte de esas estructuras que los oprimen, “no son pobres porque quieren sino porque todo está en contra de ellos”. Las familias en los márgenes son portadoras del estigma que es “la diferencia indeseable” (Scheper – Hughes, 1997: 358). Estigmatizar a alguien, de acuerdo a la autora es uno de los actos más antisociales que “condena al otro ser humano a una muerte en vida, a los márgenes de la interacción humana” (Ibíd.) Así, intenta mostrar cómo el contexto económico, político y cultural da

forma a las emociones. Este análisis puede ser entendido como una “economía de las emociones” (Scheper–Hughes, 1997: 328). En su estudio sobre el amor materno, la autora habla de una “matriz de imágenes, significados, prácticas y sentimientos que siempre son socialmente producidos” (Scheper–Hughes, 1997: 329). En los márgenes la privación, la pérdida y el abandono sobresalen ante la capacidad de amar, criar, confiar, tener y mantener la fe. “La alta expectativa de mortalidad infantil es un poderoso determinante del pensamiento y las prácticas maternas, algo que en particular se evidencia en el retraso con que se manifiesta el cariño hacia las criaturas, a quienes a veces se piensa como “visitantes” transitorios de la casa” (Scheper–Hughes, 1997: 328), este desapego al que se refiere la autora, puede resultar mortal porque contribuye a una actitud negligente o ausente por necesidades económicas y culturales.

Wacquant (2004) a partir de sus estudios en los guetos de New York y París, aborda la violencia desde la lógica de la estigmatización, progreso económico desigual e inequitativo, que producen procesos de segregación espacial. Por lo tanto, formas de marginalización que están frente a nosotros, y que seguramente seguirán creciendo con el desarrollo económico, político y social de los países. A través de su aporte, el autor describe al margen como “un espacio físico, social y simbólico en donde los individuos están cada vez más desposeídos (parias) de los medios para determinar lo que son y lo que pueden llegar a ser” (Wacquant, 2007: 65). Además, en esta desigualdad social y la cristalización de nuevas formas de marginalidad socioeconómica, se puede percibir un componente “étnico” distintivo, dando paso a procesos de racialización que a su vez desembocan en la formación de espacios vacíos de constante conflicto, donde los lazos comunitarios, con base territorial, serán cada vez más distantes.

Por último, Das y Poole (2008) definen los márgenes, como “espacios de desorden, sitios en los que el Estado no ha podido instaurar el orden” (Das y Poole, 2008: 22), siendo la relación entre la violencia y las funciones ordenadoras del Estado la clave para el problema de los márgenes. Hay tres enfoques para abordar los márgenes: 1) allí habitan personas insuficientemente socializadas en los marcos de la ley, hay que “pacificar” a través de la fuerza o de la pedagogía de la conversión; 2) gira en torno a la legibilidad e ilegibilidad, donde el Estado está constantemente siendo experimentado y deconstruido mediante la ilegibilidad de sus propias prácticas, documentos y palabras; esto significa que el Estado ejerce su control y donde no lo logra utiliza la violencia, oprimiendo y excluyendo la seguridad de la identidad y los derechos; 3) se concentra en

el margen como el espacio entre los cuerpos, la ley y la disciplina, lo que implica que “la política se vuelva el dominio en el que la “vida” es cuestionada” (Das y Poole, 2008: 25). Por último, los márgenes son concebidos por las autoras como espacios de excepción donde se instituyen formas alternativas de acción económica y política que permiten sobrevivir.

En suma, la marginación es fruto de procesos de empobrecimiento, y por lo tanto de violencia, ya que intervienen formas de exclusión y estigmatización social, que colocan a los grupos humanos en espacios donde los derechos y las necesidades no son satisfechos.

1.3.3 Violencia estructural: violencia de género y racismo

Continuando con Bourgois y Shepper – Hugues (2002) hay escenarios en los cuales la violencia estructural y simbólica se traducen en violencia cotidiana, por ejemplo, en la segregación extrema, desigualdad social y miseria material. Se expresan en la base social como enfrentamientos interpersonales, que las personas más vulnerables proyectan principalmente contra sí mismos (abuso de drogas), contra su pareja y amigos (a través de la violencia doméstica y de las violaciones perpetradas por bandas adolescentes) y contra la comunidad (mediante robos, asaltos, robos, etc.). En efecto, la relación entre los tipos de violencia arriba descritos sugiere un *continuum* en el uso de la violencia como mecanismo de control, de tal manera que, ésta se legitima operando sobre los dispositivos psicológicos, sociales y culturales, ya sea en tiempos de paz o de guerra, tal como lo sugiere Bourgois (2002).

La forma de violencia estructural, que corresponde a la verticalidad que viene desde el Estado, funciona como un sistema de opresión y explotación económica, política y social. “La violencia es no lineal, productiva, reproductiva y destructiva. Es mimética, parecida a la magia (...) La violencia se origina en sí misma, entonces podemos hablar de cadenas, de espirales, de espejos de violencia – o si preferimos – de continuum de violencia” (Schepper Hugues, Bourgois, 2002). Estos autores nos sumergen en el campo de la violencia como un poder que desafía diversas estancias: políticas, económicas, sociales, sexuales, étnicas. “Esta puede ser todo o nada, legitimada o ilegítimada, visible o invisible, necesaria o innecesaria...” (Schepper Hugues, Bourgois, 2002).

Bourgois (2002) sostiene que la violencia desafía o refuerza la desigualdad de poder y que a esta se la puede dividir en cuatro tipos: violencia política, estructural, simbólica y cotidiana. En cuanto a la violencia estructural, el autor se refiere a la organización político – económica de la sociedad que impone condiciones de sufrimiento físico y emocional, desde morbilidad y altas tasas de natalidad, hasta pobreza y condiciones de trabajo abusivas. Este tipo de violencia está anclada a nivel macro, tanto en estructuras como en términos desiguales de intercambio, y se expresa localmente en la explotación laboral, acuerdos mercantiles y el monopolio de los servicios.

No obstante, la violencia estructural también comprende una lógica simbólica que toma forma en las relaciones de género. Bourdieu (1999) utiliza su concepto de violencia simbólica, para develar cómo la dominación opera en un nivel íntimo, vía reconocimiento/desconocimiento de las estructuras de poder por parte de los dominados, quienes, inconscientemente, cooperan en su propia opresión al percibir y juzgar el orden social a través de categorías que lo hacen aparecer como natural y evidente (En Bourgois: Bourdieu y Waquant, 1992: 162 – 173, 200 – 205). La violencia simbólica trasciende en el lenguaje, es estructural y estructurante dentro de las relaciones sociales, ya que actúa cuando el sujeto dominante o dominador ejerce una forma de violencia no directa y tampoco física, sino a nivel psicológico, donde los sujetos dominados no tienen la capacidad de reconocer que son víctimas de dicha violencia en su contra. Según Bourdieu los últimos son cómplices de esta forma de violencia

Para Segato (2003) la violencia estructural es organizada, se reproduce de manera automática e invisible hasta llegar a parecer natural entre mujeres, varones y la familia, y se expresa o se vuelve cotidiana. En el caso de estudio propuesto se establece como despojo de tierras y desplazamiento, lo cual degrada simbólicamente a quienes la ocupan, además que se convierte para algunas personas en un motivo para movilizarse y abandonar el espacio que habitan. Asimismo, la violencia estructural se reproduce en acciones discriminatorias en las esferas económicas y sociales, que se da por ejemplo, en reducir y aprisionar a las mujeres en una posición subordinada, desembocando en violencia sexual, psicológica y física (Segato, 2003: 06). La autora sostiene que es posible afirmar que el sistema no se reproduce automáticamente, ni está pre-determinado a reproducirse como consecuencia de una ley natural, sino que lo hace

mediante un repetitivo ciclo de violencia, restaurando la economía simbólica que estructuralmente organiza la relación entre los status relativos de poder y subordinación, representados por el hombre y la mujer como íconos de las posiciones masculina y femenina, así como de todas sus transposiciones en el espacio jerárquico global (Segato, 2003: 15).

De otro lado, Jimeno (2004) sugiere que todos los escenarios en los que opera la violencia dan paso a una configuración emotiva, que parte de un esquema cultural para funcionar en estrecha relación con los pensamientos y sentimientos. Dicha configuración está asociada a una construcción cultural que gira alrededor de una ambigüedad, “entre la prohibición social y normativa sobre el uso de la violencia, al tiempo que se la disculpa cuando es producto de intensa emoción, pretende naturalizarse mediante dispositivos prácticos y discursivos” (Jimeno, 2004: 17). En otras palabras, razón y sentimiento, cognición y emoción, son entidades que tienen su origen en la cultura y por lo tanto en la estructura de las jerarquías sociales, y en éstas las relaciones de género.

Los autores arriba citados contribuyen al desarrollo del concepto de violencia estructural y nos permite articularla a la violencia como socio-económica, racista y de género. Ya Bourgois y Schepper – Hugues (1997) la mencionan, como un proceso de desigualdad económica, política, social y de género que se reproduce en la cotidianidad, de tal forma que un agredido será un agresor y así continuará la cadena de la violencia. Bourdieu (1999), Segato (2003) y Jimeno (2004) identifican a la violencia estructural dentro de un campo más profundo de los sujetos, a partir de las emociones en la división sexual y los roles de género, el trabajo y el cuidado que veremos a continuación.

1.3.4 Feminización de la pobreza y organización social del cuidado

A partir de reflexionar la pobreza como una forma de violencia, Pérez (2006) parte de una crítica a la lógica patriarcal, sugiriendo que el empobrecimiento recae en las mujeres debido a que son quienes tienen menos posibilidades de elección y capacidad de tener un trabajo visible (asalariado). A esto se añade las faltas de alternativas, recursos, poder de negociación, entre otros. (Pérez, 2006: 33). Según la autora, en hogares empobrecidos hay mayores necesidades de cuidado, lo que implica varias limitaciones a las mujeres, entre estas su inserción al mercado laboral. No obstante, al interior de la familia, se producen distintas relaciones donde los sujetos

están en interrelación para satisfacer sus necesidades, lo cual indica que lo económico y lo social son esferas que no pueden estar separadas. La feminización del trabajo doméstico y las crisis de los cuidados han dado paso a reordenaciones del conjunto del sistema socio-económico, en donde también se debe tomar en cuenta la reorganización de responsabilidades como “las nuevas presencias y las nuevas ausencias en el sistema” (Pérez, 2006:251).

Por otra parte, los cuidados al estar ligados con los afectos, son estrategias de subsistencia dentro de la familia. Para Pérez (2006), los cuidados son toda gestión y mantenimiento cotidiano de la vida y de la salud, la necesidad más básica y diaria que permite la sostenibilidad de la vida. Tienen una connotación material e inmaterial. En la primera se involucra al cuerpo y sus necesidades fisiológicas, y en la segunda todo aquello que se refiere a bienestar emocional.

Vega (2007), como aporte al tema de cuidados, sostiene que “corresponden a expresiones de subjetividades encarnadas en los cuerpos por los que corren los afectos” (Vega, 2007: 61). Indudablemente todos los seres humanos necesitamos de cuidados, pero no todos podemos satisfacerlos ni si quiera poseerlos. Los cuidados han estado muy vinculados a la familia y de ellos se desprende que las personas construyan una identidad. Las tareas domésticas son “el cumplimiento de una misión acordada a través de un pacto que concede a las mujeres una influencia social determinante” (Vega, 2007:69). Desde la óptica tradicional los cuidados están relacionados a una cuestión individual, a la dependencia de unos (ancianos, enfermos, discapacitados, niños) con respecto a otros (adultos sanos y normales), y a los cuidados de otros como responsabilidad unidireccional. Pese a que esta concepción ha evolucionado, lo que aún permanece es la feminización de los cuidados, es decir que las prácticas de atención son tarea de las mujeres; lo mismo sucede cuando quieren insertarse en la esfera social, es complejo porque deben dedicarse al cuidado y a los quehaceres domésticos.

La distribución del cuidado, para la autora, es una cuestión de justicia redistributiva, de justicia en relación a los valores y las representaciones. El cuidado tiene que ver con las diferencias de poder. En los marginados, por ejemplo, se genera una práctica de responsabilidad y del cuidado porque tienen conciencia de que la ayuda mutua es lo que los sostiene y permite su existencia (Vega, 2009: 86). De la misma manera, las mujeres que han migrado son consideradas como “parte del último vagón de estratificación”, ya que debido a su situación socioeconómica, étnica y cultural, sus empleos son más “domesticados”, invisibles y desprotegidos, a pesar de que ellas valoren su actividad

como cuidadoras (Vega, 2009: 39). En síntesis, los cuidados se organizan socialmente de acuerdo a la carga sociocultural que se desarrolla en la división sexual del trabajo.

En suma, la organización social del cuidado emerge en la familia, entendida como una institución social en la que se reproducen y organizan ciertas prácticas, con el objeto de que subsistan. Para autoras como Pérez (2006) y Vega (2007) los cuidados son una manera de organización socio cultural que han sido feminizados, es decir que las tareas domésticas son meramente una responsabilidad de las mujeres, lo que les impide un desenvolvimiento en el espacio público, visible y asalariado.

1.4 Estrategias metodológicas

El presente estudio se enmarca en el uso de métodos cualitativos: entrevistas estructuradas, semi-estructuradas a profundidad, testimonios e historias de vida. La investigación de campo se hizo en base a lo que Marcus (2001) propone como etnografía multisituada, es decir, observar y participar a través y en distintos territorios donde los sujetos a investigar se desenvuelven, aunque con distintos niveles de inmersiones. Por tanto, fue indispensable prestar atención a lo cotidiano, a los detalles que solamente se pueden conocer a partir de la convivencia, en este caso con la familia Salas y sus comunidades. La etnografía se desarrolló en el sur de la ciudad de Quito, en el barrio Jesús del Gran Poder, lugar en el que se recogieron testimonios de varios actores sociales como el comité directivo, habitantes del lugar (varones y mujeres de distinta etnia). Por medio de ellos/as se pudo reconstruir la historia del barrio que constituye el contexto en el que la familia Salas se desenvuelve actualmente.

La casa de la familia Salas, fue el lugar donde se realizó observación participante, lo que permitió conocer a cada uno de sus miembros. Por medio de sus relatos de violencia, se puede comprender la forma de organización social en torno a la división sexual y generacional del trabajo. Además se asistió una o dos veces por semana, a lo largo de seis meses a la comunidad; y una vez cada quince días, a lo largo de otros seis meses. En este proceso de investigación de campo, las principales dificultades fueron la disponibilidad de tiempo de Dalila ya que estaba sujeta a diversas condiciones como trabajo, o inconvenientes salud de alguno/a de sus hijos/as. Ante esto para aprovechar la visita al barrio, acudía a revisar los apuntes y material bibliográfico que podían ser profundizados en la realización de entrevistas a los/as habitantes del sector. Otra dificultad desde mi posición como investigadora, el interés de satisfacer a necesidades

expresadas por los/as niños/as, puesto que solicitaron reforzar el proceso de lecto – escritura, o también mantener sesiones de psicoterapia; para esto fue imprescindible marcar límites y aclararles los objetivos de mis visitas.

De la misma forma, se hizo una visita a la parroquia Carlos Concha, para la construcción del contexto socio económico del lugar de origen de Dalila Salas y su familia, pues las fuentes de información obtenidas en Quito fueron limitadas. Todo este trabajo está debidamente grabado, con previa autorización del entrevistado/a.

Para el desarrollo del primer objetivo, enfocado en la historia del barrio, procesos de segregación espacial y desplazamiento, se recolectaron entrevistas a actores sociales relevantes, como el presidente del comité barrial, vecinos/as, propietarias de tiendas, representantes de la iglesia, y moradores/as que han habitado y/o contribuido con su trabajo. En cuanto a los testimonios e historias de vida, se realizaron entrevistas a profundidad a la madre sostén de la familia, y se procuró hacer entrevistas a la mayor parte de sus hijos e hijas. Se seleccionó a Lucía y Marco Antonio por su edad y debido a sus experiencias vividas años atrás en la parroquia Carlos Concha. Para ello se diseñó una guía de preguntas que permitieron elaborar la historia de vida de la madre desde su niñez, su escolarización, sus relaciones interpersonales y todos aquellos factores que permiten comprender su situación actual. Por lo delicado del tema se aseguró total confidencialidad a los informantes.

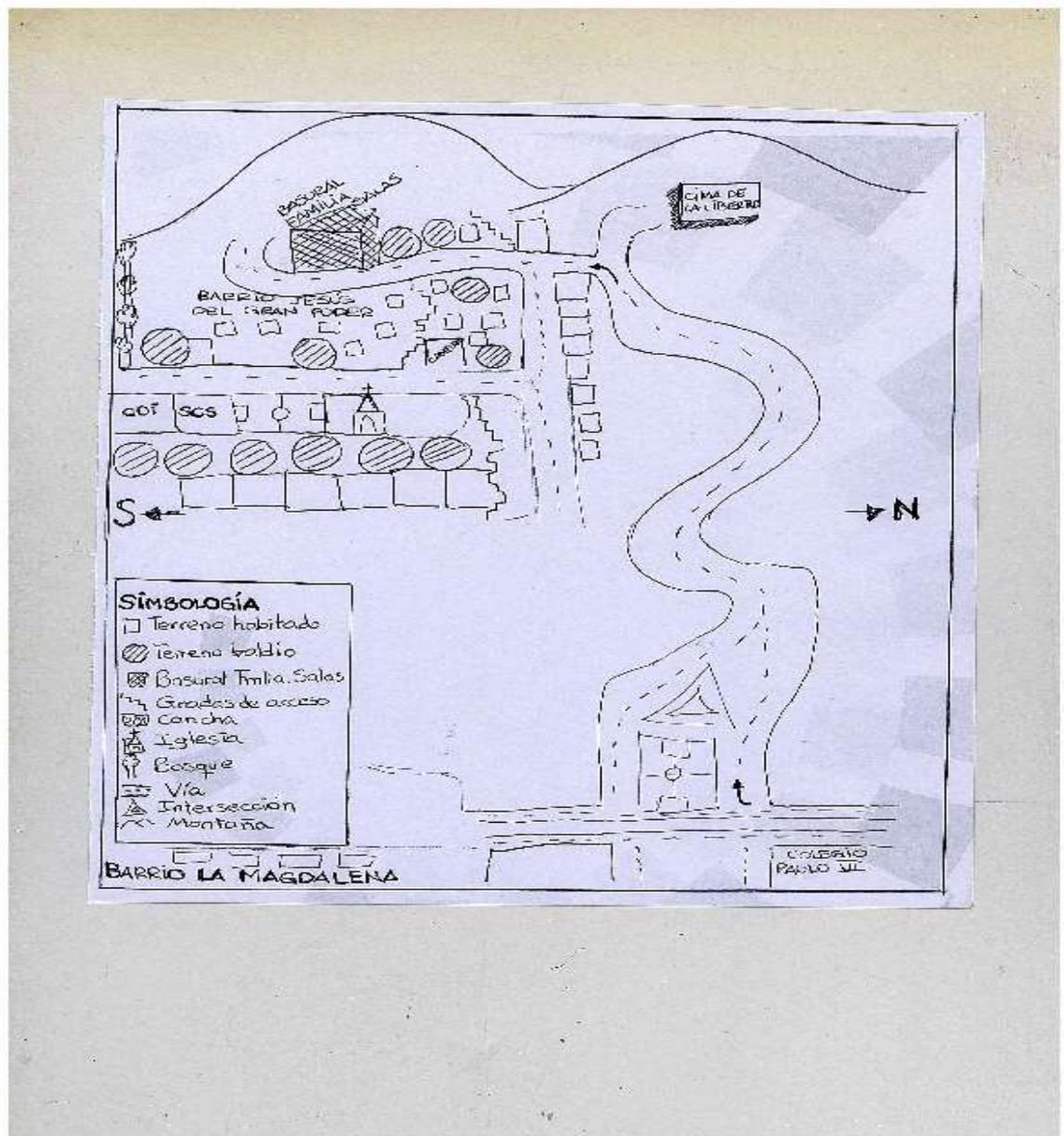
Para el desarrollo del segundo objetivo, análisis de la violencia estructural en tanto vertical y micro vertical, fue necesario contextualizar el pasado de Dalila y su familia, en la parroquia Carlos Concha. Debido. Para esto fue necesario viajar a la provincia de Esmeraldas por dos días. Aquí, se realizó una entrevista al presidente de la Junta Parroquial, a sus habitantes entre hombres y mujeres de distinta etnia, y al tío de Dalila, actor clave en la vida de la Dalila. Por otro lado, por medio de la observación participante se logró generar empatía con todos los miembros de la comunidad, de manera que fue posible el acceso a datos relacionados con la violencia estructural. Cabe mencionar que esta técnica de investigación tuvo que ser manejada con mucho cuidado para evitar sesgos por juicios de valor o conflicto de intereses.

Por último, para el desarrollo del tercer objetivo, obtención de datos sobre el trabajo de reciclaje y la cotidianidad de Dalila Salas y su familia en la actualidad, fueron necesarios todos los métodos de investigación utilizados en los objetivos arriba escritos. La observación se enfocó en las actividades y los recursos que todos/as recolectan,

clasifican, venden, así como también les dan un nuevo uso para incluirlos en sus actividades domésticas.

CAPÍTULO II

EL BASURAL: VIOLENCIA POR PROCESOS DE SEGREGACIÓN ESPACIAL Y RELACIONES INTERÉTNICAS EN EL BARRIO



Subiendo en dirección a la Cima de la Libertad, desde el conocido barrio La Magdalena, en la ciudad de Quito, una angosta entrada conduce al barrio Jesús del Gran Poder⁷. En este barrio, que no ha sido legalizado, habitan muchas familias indígenas y afrodescendientes, que han accedido a los terrenos por apropiaciones de tierras que no eran cultivadas. En cuanto a su historia, este barrio hace cuarenta y cinco años aproximadamente, era predominantemente ocupado por mestizos. Los terrenos pertenecían a los comuneros y sus familias. A primera vista, uno de los lugares que llama la atención es el basural, lugar que ocupa Dalila y su familia. Para llegar hasta este sitio se debe tomar un camino deteriorado que es el límite del barrio. Cuesta arriba, pasando unas pequeñas casas y junto a dos terrenos baldíos, está el botadero de basura; sitio, desde los años noventa, ocupado por sus habitantes para colocar sus desechos. Este lugar, actualmente, es la vivienda de la familia de Dalila.

Dalila es una mujer que desde niña ha experimentado exclusión y violencia vertical socioeconómica y micro vertical íntima, los continuos actos de violencia motivaron a que ella junto a su hija mayor, tomarán la decisión, ocho años atrás, de migrar a la ciudad de Quito, específicamente al basural del barrio Jesús del Gran Poder.

El objetivo en este capítulo es intentar comprender cómo el proceso de segregación espacial, llega a su punto máximo de expresión inequitativa y de desigualdad interétnica, económica y política. Es pensar en el basural como el espacio que representa la desigualdad, pero además muestra la poca participación estatal, ya que no acceder al sistema de recolección convirtió a este espacio en el sitio ideal para acoger los desechos producidos por los habitantes del barrio.

Las olas de migración del campo a la ciudad alrededor de los años setenta, tras la reforma agraria, como en algunos de los países Latinoamericanos, se basaban sobre todo en actos políticos, pero también en el anhelo de muchos campesinos en saber usar el

⁷El barrio está ubicado en las periferias del sur de Quito, pertenece a la parroquia Chilibulo y colinda con otros barrios como: La Unión, Magdalena Alta, Nueva Aurora, Cooperativa 8 de noviembre y Cooperativa Concha Torres. Los límites son al sur la calle Arenillas, al norte la calle Cojimíes, al este la calle Tanipanta, y al oeste la calle Juan Dorado.

dinero para instalarse definitivamente fuera de la comunidad; para la mayoría, la ciudad era la meta atesorada⁸ (De la Cadena, 1991).

En cuanto a las relaciones interétnicas que surgen en el proceso de conformación del barrio, éstas se basan en la ocupación y segregación del espacio, es decir que desde el inicio se producen conflictos entre sus habitantes, por desigualdades económicas, políticas y sociales en hechos concretos como por ejemplo la división y privatización de las viviendas, y su ubicación geográfica.

Los comuneros y sus familias gozaban de ciertos privilegios, puesto que se ubicaban cerca de las vías de acceso principales, así como también gozaban de espacios para cultivar sus productos, pues su principal actividad económica se basaba en la agricultura. La iglesia y una pequeña plaza eran los únicos lugares de encuentro y recreación que tenían los habitantes. Para asistir a las escuelas, colegios, hospitales o subcentros de salud debían desplazarse hacia el centro de la ciudad. Actualmente se evidencia un crecimiento poblacional del barrio, especialmente de grupos indígenas que se han desplazado de distintas provincias del país de la sierra central.

En cuanto al terreno que actualmente ocupa la familia Salas, era de uso común para depositar los desechos orgánicos e inorgánicos de todo el barrio. El Municipio tardó casi dos décadas, desde su conformación del barrio en los años sesenta, para encargarse del basural. Debido a la falta de atención del Estado, se han organizado redes sociales que han trabajado mediante mingas, por ejemplo, para la consecución de agua, luz, teléfono, no así la recolección de basura, dando paso al basural.

El barrio constituye una periferia urbana, ya que se encuentra en las afueras de la ciudad, identificándose procesos de segregación espacial y exclusión étnica. La conformación del barrio en los años de 1968 – 1969, marcado por un proceso de descampesinización dentro de la ciudad de Quito, plantea la siguiente pregunta: ¿Cómo se llegan a definir los lugares como sitios para los basurales y la periferia? Se analizará en un primer punto la descampesinización del barrio Jesús del Gran Poder; posteriormente el proceso de migración indígena y alianzas con los mestizos del barrio;

⁸La autora aporta indicando que las relaciones hacendado-siervo, sobre las que descansaban las definiciones regionales de etnicidad, se ven alteradas frente a movimientos sindicalistas agrarios, y resultan finalmente redefinidas por el discurso oficialista que destierra el término “indio” y lo reemplaza por el de “campesino” para denotar la nueva relación laboral de los agricultores, fueran estos comuneros o peones de hacienda (De la Cadena, 1991).

y por último el proceso de desplazamiento y conformación de la exclusión étnico – espacial con la llegada de la familia Salas de ascendencia afroesmeraldeña.

2.1 Descampesinización del barrio Jesús del Gran Poder (1961 – 1969)

Cuando yo llegué acá (1968) no era barrio, aún era Tarma⁹, yo tenía 15 años, no había nada, solo chaquiñanes, osea bosques, y habrían solo unas cuatro casitas (...) Cuando queríamos comprar nos íbamos a San Roque que era lo más cerca, de ahí en enfermedades el hospital Eugenio Espejo. Escuelas tampoco habían, mis papasitos me pusieron en la escuela Ejército Nacional. Cuando queríamos pasearnos, nos íbamos a jugar acá abajo al parque, ese que queda en el Hermano Miguel” (Fernanda, 2012).

En 1961 surge el decreto denominado “Campana de Integración del Campesinado a la Vida Nacional” impulsado por el Presidente José María Velasco Ibarra, que de acuerdo a Kingman (2009) constituye un proceso civilizatorio que trataba de modernizar, no sólo a la clase terrateniente y de fortalecer el capital comercial, sino que involucraba el desarrollo de un nuevo tipo de sectores subalternos urbanos, con características propias que les iban diferenciando de los habitantes del campo y la vida rural. Dicho decreto fue motivado por el proyecto Misión Andina del Ecuador y consistía en definir un espacio en la sociedad blanco-mestiza a través de la oferta de terrenos a bajo costo a quienes hasta ese momento habían sido esencialmente mano de obra indígena de las haciendas o campesinos aislados geográfica, cultural e idiomáticamente.

En 1962, en el país se instaura la ley de Reforma Agraria. Según Achig (1983), el afán de esta reforma era abolir las formas precarias de tenencia de la tierra y acelerar de manera indirecta el proceso migratorio campo-ciudad debido a dos razones: 1) los minifundistas (ex-huasipungueros) fueron desplazados de las tierras fértiles y despojados de algunos beneficios, como: el riego y el pastoreo, produciendo un considerable descenso del presupuesto de la familia campesina, y con ello una necesidad de salir a las ciudades o centros poblados en busca de trabajo;2) el trabajo precario del agro: partidarios, arrimados, arrendatarios, aparceros, etc., que fueron prácticamente expulsados de las actividades agropecuarias, pues los terratenientes, ante el temor de perder sus tierras, prefirieron dejarlas sin producción, ocasionando una

⁹Tarma hace referencia a una ciudad del centro de Perú, fundada por los españoles el 26 de julio de 1538 bajo el nombre de Santa Ana de la Ribera de Tarma. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII se elevó el pueblo a la categoría de villa, abreviándosele el nombre como Tarma.(Tarma, 2006)

desocupación completa del campesinado precarista, obligándolo a emigrar a los centros poblados en busca de trabajo.

Hasta el año 1969, el territorio del barrio se caracterizaba por tener pastos, bosques y páramo. Por conocimiento del presidente actual, el decreto 1001 del gobierno de José María Velasco Ibarra sirvió para que el Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización (IERAC) facilite el reasentamiento de los campesinos, generando cambios a nivel productivo. Según Maldonado – Lince (1979) la ley de reforma agraria demostraba la imposibilidad de actuar sin que se afecten las tierras en el ámbito ecológico y social, ya que al Estado lo que le interesaba era producir, para luego generar ingresos económicos para solventar la crisis de ese momento. Es así que se trata de delimitar las zonas que tendrían dicha afectación y desventaja en cuanto a la adjudicación de títulos de propiedad, que comprendía gran parte del territorio nacional. El estado tenía que brindar a los beneficiarios de la Reforma Agraria, la oportunidad de poder trabajar efectivamente las tierras que se encuentran en el sur occidente de la ciudad de Quito, desde la Av. Mariscal Sucre para arriba. Esto lo recuerda muy bien actual presidente del barrio:

Antes todo esto era montaña, lo llamaron Comuna Tarma y aún nadie vivía, luego con el decreto de Oswaldo Hurtado se nombra Barrio Pro-mejoras y con ello, sesenta campesinos que trabajaban en las haciendas de la Magdalena o de Chilibulo, adquieren los terrenos, pero ellos como tenían un mejor alcance económico compraron diez, quince y hasta veinte terrenos (Sánchez, 2013)

La mayoría de los barrios nuevos como señala Kingman (2009) eran el resultado de lotizaciones hechas por los dueños de haciendas y de fincas, con la mínima inversión, obedeciendo más a un sentido rentístico que empresarial. Un registro de 1961 decía que: “los sectores populares se ubican en los llamados barrios de las colinas, en calles estrechas, mal trazadas, sin pavimento. Las casas de uno o dos pisos de apariencia modesta o pobre” (en Paz y Miño, 1960: 27).

Estos procesos no solo descampesinaron a indígenas del interior del país, sino también a los habitantes mestizos que habitaban los medios rústicos de Quito. En 1969 la Comuna mestiza Tarma¹⁰, que formaba parte de la Hacienda La Magdalena, fue parcelada. En ese año se formó una comitiva que tenía como principal objetivo legalizar

¹⁰Comuna es un espacio grande de tierra, no parcelado, en el que sus habitantes compartían principalmente la agricultura, pues sus cosechas eran de consumo común.

sus terrenos y posteriormente legalizar el barrio, especialmente por el predominio de sus creencias católicas. Bajo el patronazgo consiguen la donación de los terrenos y la estatua de Jesús del Gran Poder, por parte del señor Samuel Espinoza, “el Jesusito”¹¹ conocido por todos. De ahí viene el nombre del barrio: Pro mejoras “Jesús del Gran Poder”. Este hecho es importante ya que los habitantes del barrio, en la época que se hace mención, asistían a la misa de la iglesia de San Francisco en el Centro Histórico y según ellos “el Jesusito” les ayuda en el trabajo¹².

En el año 1972 los habitantes mestizos de barrios aledaños como: El Paraíso, La Magdalena Alta, La Unión y otros más, organizaron una minga principal que duró aproximadamente un mes, la llamaron “Totoras”, ya que según el presidente del barrio “las Totoras es un material que sirve para hacer barcos, ha de ser porque es resistente al agua”, el objetivo de dicha actividad fue cubrir las algunas necesidades, como la falta de agua de las sesenta personas que vivían ya en el barrio. Esto da muestra de sus orígenes indígenas:

Con la organización de las ‘Totoras’ logramos hacer pozos con el agua que venía del Río Blanco, de Lloa específicamente, pero desde ahí surgieron peleas por el agua, porque se sacaban tubos más gruesos y largos y las familias se disgustaban por esto más que nada. Además luego se hacían pozos ciegos que provocaban filtraciones o derrumbes en algunos casos (Luis, 2013).

A partir de la organización de esta minga, se identifican tres varones líderes delegados para que representen el primer comité barrial, los señores Ramos, Sachi y Chinchín. Posteriormente fueron registrados los estatutos sobre la conformación y responsabilidades del comité comunitario, una de éstas: elegir cada cinco años un comité barrial. Para esto todos sus miembros deben pertenecer al barrio y tener el registro oficial de compra del terreno que habitan. Además, se encargarán, principalmente, de la autogestión para conseguir servicios básicos, organizar mingas comunitarias para la limpieza y el arreglo de las calles más transitadas.

¹¹Así es como los y las habitantes del barrio conocen a la estatua Jesús del Gran Poder. Esta estatua permanece en el altar de la iglesia del barrio, el cual cada año, en el último fin de semana de octubre, es bajada para la procesión de las fiestas de aniversario. Tuve acceso a esta información por medio de mujeres que trabajan en el Centro de Desarrollo Infantil y en las tiendas del sector.

¹²Continuando con esa creencia, una vez que obtuvieron la estatua Jesús del Gran Poder, posteriormente alzaron la iglesia en donde se pueden encontrar muchas ofrendas de sus fieles y sacerdotes, los murales, placas, flores plásticas, cuadros, parlantes, micrófono y muchos otros objetos decoran este lugar que reúne cada domingo a sus habitantes.

Este comité, a mediados de los años noventa, mediante la autogestión de: Organizaciones No Gubernamentales (Ong's) (Plan Internacional), Fundación Mariana de Jesús y otras organizaciones sociales gubernamentales, como el Instituto Nacional de la Niñez y la Familia (INNFA), consiguió la construcción de la iglesia, cancha deportiva, subcentro de salud, casa barrial y sobre todo ponen mucho énfasis en crear calles y dejar atrás a los antiguos chaquiñanes:

Se organizó una minga bien bonita, porque ahí se vio mucho la unidad del barrio, los dirigentes eran bien religiosos y unieron a las personas para ayudar a estas instituciones sociales en la construcción de lo que tenemos hasta ahora en el barrio. Hicieron unas medias aguas y ahí las mujeres preparaban pundos de chicha, arroz y granos para que los hombres trabajen. Esta organización duró bastante tiempo reunida hasta lograr que las calles principales se adoquinen, pero aún tenemos chaquiñanes (Pedro, 2013)

El municipio, como instancia del Estado, poco ha atendido a los servicios y necesidades básicas de sus habitantes. Debido a la falta de servicios básicos (agua, luz, telefonía) y el reducido acceso a educación y salud, los habitantes han creado nuevas formas de conseguir estos servicios, una de ellas, la minga. La minga, aparte de ser una costumbre campesina que recampesiniza la ciudad, es una estrategia de transacciones para el intercambio de bienes y servicios articulados en redes de parentesco o vínculos con vecinos, anclados en diferentes niveles de confianza. Entre sus habitantes, “poco a poco” se han ido obteniendo los servicios básicos, gracias, sobre todo, a la organización comunitaria y a la autogestión de sus dirigentes. No obstante, pese a los múltiples esfuerzos de cada una de los comités barriales que han estado al frente en su debido momento, no se ha logrado obtener, hasta la actualidad, las escrituras que lo legalicen como barrio. Varias son las razones, según sus dirigentes, que han provocado este tipo de inconvenientes: no todos los propietarios de los terrenos tienen los registros oficiales de sus viviendas, muchos han migrado a otras parroquias del Distrito Metropolitano, o fuera del país o han fallecido. Todos estos factores impiden que se tramiten los documentos con las firmas de quienes compraron los terrenos.

En consecuencia, en este período se puede identificar, así como sugiere Kingman (2009), que los habitantes mantienen formas de organización campesina – hacendaria en su proceso de urbanización y modernización, ya que a pesar de que el Estado genera la repartición de las tierras a ex campesinos, el Municipio se despreocupa de las nuevas necesidades de urbanización. El deseo de los habitantes del barrio: tener progreso en la

vida moderna, explícitamente en el mercado laboral urbano, se ve atravesado por un límite que los separa y los excluye de la seguridad social y económica de las organizaciones públicas y privadas, así como también, de la economía industrial dominante.

2.2 Proceso de migración indígena y alianzas con los mestizos del barrio (1978 – 1980)

En los años 70's, los primeros habitantes mestizos se mudan del barrio, debido a que adquieren nuevas propiedades en sectores más céntricos de la ciudad, abandonando sus terrenos o conservándolos para alquiler. Sumado a esto, hay que mencionar que se dio una lotización de las tierras, lo que significa que los migrantes indígenas de la sierra central de las provincias de Cotopaxi, Tungurahua y Chimborazo puedan comprar o arrendar lotes que sirvan para construir viviendas, pero también para continuar realizando actividades agrícolas: “Esto antes era puro monte, habían unos terrenos grandes y luego cuando ya estuvieron hechos lotes nos vendieron a nosotros” “nosotros venimos acá por el trabajo más, y porque esta parte de Quito tenía terrenito para sembrar cualquier cosita” (Julia, 2012).

Así, desde 1980, época de inició de las políticas neoliberales, se produjo el empobrecimiento del campo (García, 2005), debido a que, la valoración del intercambio del mercado, donde el bien social se logra mediante el alcance, y la fluidez de las transacciones comerciales; sufre un resquebrajamiento.

Esto provocó que el barrio Jesús del Gran Poder reciba a más población indígena, surgiendo actividades en dependencia y alianzas entre hombres y mujeres mestizas e indígenas, donde se crean y se mantienen actividades comunitarias alrededor de la minga y prácticas religiosas, como por ejemplo, los compadrazgos (fruto de las alianzas matrimoniales entre sí); además, la fiesta de aniversario del barrio en honor al “Jesúsito”. Así, los hombres mestizos, que cultivaban la tierra, empiezan a emplear a los indígenas como peones, mandaderos, cargadores, aunque poco después ambos, mestizos e indígenas, practican la albañilería, plomería, electricidad y otras actividades artesanales. Las mujeres mestizas e indígenas se dedicaban a lavar ropa, a criar animales y a la venta ambulante de frutas, para posteriormente buscar empleos remunerados e informales, como lavanderas, niñeras, jardineras, recicladoras de basura, comerciantes de comida, entre otros.

De este modo, la nueva composición étnica y social en el barrio genera, no solamente otras actividades en las que hombres y mujeres mestizos/as subordinan a los indígenas, sino que los hombres no siempre cumplen el rol de proveedores y las mujeres no se dedican solo a tareas de reproducción y cuidado, roles en los que tradicionalmente se han puesto a hombres y a mujeres en nuestra sociedad. Surgen nuevas familias producto de las alianzas matrimoniales entre mestizos e indígenas. Por lo general, los niños y niñas mestizas asisten a la escuela y en la tarde ayudan en sus hogares, por otro lado, los niños y niñas indígenas trabajan con sus padres o se quedan solos en casa. Una mujer del barrio cuenta lo siguiente:

El vecino de acá abajo es indígena y salía con sus 3 o 4 hijos a trabajar, creo que ellos vendían frutas en el mercado, pero había veces en que los guaguas se quedaban solitos en la casa, hasta que ellos lleguen bien de noche, ni estudiaban ni nada, ahora no sé qué tan habrá sido de esos guaguas (Norma, 2012).

Con lo anteriormente descrito, se puede percibir la integración de lo rural a la ciudad, es decir que a partir de la migración de los indígenas a la ciudad, según testimonios de los moradores de barrio, sus oficios se instauran y acoplan al nuevo espacio que habitan. Sin embargo, pese a que los mestizos también eran campesinos, había diferencias en las concepciones y prácticas, por ejemplo, en la cosecha. Mientras los indígenas se consagran al cosmos y practicaban/practican el trueque de los productos que obtienen, los mestizos cultivan para el autoconsumo y su venta. Así también, mientras los unos ocupaban sus terrenos para el cultivo o la crianza de animales, los otros cada vez ampliaban más sus viviendas. Este proceso de encuentros y de vecinaje trajo sin duda conflictos entre los habitantes, porque eran los comuneros (primeros habitantes) quienes asumían el derecho de los terrenos, se sentían superiores por ser mestizos y urbanos en relación a los indígenas. Según menciona un habitante “Primero estábamos más quiteños, luego fueron llegando los indígenas...” (Luis, 2012).

A través de varias conversaciones, mantenidas con hombres y mujeres mestizas del barrio, se percibe el establecimiento de relaciones de poder por apropiaciones de los terrenos mejor ubicados, más accesibles, centrales y más productivos; así mismo, se dio un dominio de los mestizos de Quito, reflejando una continuidad de jerarquías de poder, formas de desigualdad y opresión (económicas, políticas, étnicas, sexuales, éticas, estéticas, religiosas, lingüísticas). Los mestizos urbanos se aprovechaban de la incertidumbre sobre “el nuevo lugar” de los indígenas, de la necesidad de trabajo y de

establecer comunicación, para emplearlos bajo condiciones de explotación, ya que si trabajaban eventualmente les pagaban con alimentación y en raras ocasiones con vivienda. Como dice la dueña de la peluquería:

Es que antes uno les decía y les veía como indios, ¿qué sabían?...y bueno nosotros, o mejor dicho mi mami, les veía así porque no sabían ni leer, nada entonces, eso fue pero las cosas ya han ido cambiando” (Esther, 2013).

Esto es muy importante porque la minga significa una actividad en común entre mestizos de raíces campesinas e indígenas, lo cual abre espacios de encuentro y establecimiento de redes sociales. Así, en esta época los hombres mestizos, aparte de la agricultura, se dedicaban a elaborar carbón y ladrillos en un horno del que hasta ahora existen sus vestigios. Además se ocupaban de construir y adecuar sus propias viviendas. En cambio, las mujeres se dedicaban a la agricultura, a cuidar a los hijos/as, a los quehaceres domésticos y a la venta ambulante de comida en los barrios aledaños y los fines de semana acompañaban a sus maridos al mercado de San Roque.

Mi abuelito sabía estar en la albañilería y vendía lo que se daba en el terreno, zanahorias, hierbas, coles, vuelta mi abuelita le ayudaba a mi abuelito así a sembrar, lo que más esté de temporada, de ahí estaba en la casa pero los fines de semana vendía mote por aquí abajo y a veces se iba con mi abuelito al mercado de San Roque (Antonia, 2012).

No obstante, también se dan relaciones discriminantes y racistas entre sí. Los mestizos se referían a los indígenas como “los indios”, “indiecitos” o “esos longuitos” infantilizándolos, subempleándolos y en algunos casos explotándolos laboralmente en beneficio propio. Los indígenas por su parte, excluían a los mestizos del intercambio de productos (hierbas aromáticas, zanahorias, cebollas, maíz, papas, lechugas, etc.), y según una mujer mestiza: “a veces ellos hacían fiestas, como bautizos, primeras comuniones, bendiciones de casas o carros, y hacían unas comilonas, se quedaban dos, tres días, y en sí que a una no le hacían parte” (Jorge, 2013).

Por último, la mala condición socioeconómica de muchos indígenas que llegaron de otras provincias y las fuertes relaciones de poder de los mestizos de otros barrios (El Paraíso, La Unión, La Magdalena), dieron paso a la construcción de viviendas en laderas de la montaña, ocasionando riesgos de deslizamiento de tierra, así como también provocando varias pérdidas materiales, incluso, varios años atrás (cinco años aproximadamente), la muerte de una familia indígena. Frente a esto se han realizado

varias peticiones para el levantamiento de muros de contención o de taludes estabilizadores. Esta acción se ha respaldado con firmas y reclamos de los habitantes, pero no ha habido respuesta alguna de parte de las autoridades. A propósito una vecina del barrio expresa:

Algunas veces hemos ido acá al Municipio Eloy Alfaro, y ni cuando hubo un deslizamiento por las lluvias en el Centro Infantil, que había cuántos niñitos, no hicieron nada, pero si hubiera sido en otro sector de la ciudad, ahí sí hubieran ido corriendo (Lucía Chacón, 2012).

2.3 La construcción del margen del margen (1983 – 2004)

El proceso de segregación espacial en el barrio es más evidente con la llegada de las familias afrodescendientes, de manera explícita con Dalila Salas y su familia en el año 2005. Arriban al barrio como migrantes de la provincia de Esmeraldas, específicamente de la parroquia Carlos Concha. Gracias a la unión matrimonial de su hija mayor Lucía, con un mestizo no comunero, que había comprado un lote de terreno, consiguen hospedarse por un par de semanas en el barrio. No obstante, esto ocasionó disgusto al marido de Lucía al ver que se trataba de varias personas. Desde ese momento inicia un proceso de desalojos y aislamiento hacia Dalila Salas y sus hijos/as, según una compañera de trabajo de la hija mayor de Dalila, su llegada generó en los habitantes sospecha de violencia y de promiscuidad. Así lo relata una compañera de trabajo de la hija mayor de Dalila:

Al principio nos daba un poco de recelo porque son diferentes, aquí usted ve que no hay gente de la costa, y siempre nos daba miedo de que por no tener trabajo o algo, comiencen a robar. La “Dalila” era calladita y más nos daba pena porque con tantos hijos, pero así creo que son en la costa (Karina, 2013).

Miradas, gestos, murmuraciones de los habitantes de barrio, son formas de expresión que usaban para marginalizar y estigmatizar a la familia Salas. Dalila frente a las mujeres que habitan en el barrio ha procurado mantener poco contacto, ya que siente rechazo y exclusión. Evidentemente estas relaciones son mediadas por procesos de racialización, pues los afrodescendientes han sido inferiorizados y marginalizados. Pero no sólo Dalila ha sufrido racismo, sino también sus hijos e hijas, que han experimentado desmanes e invisibilización.

Posteriormente, con la ayuda de Lucía lograron conseguir una casa abandonada que quedaba “muy arriba”, en un terreno que incluso pertenecía a otro barrio. Este lugar

tenía una construcción que quedó incompleta, carecía de puertas, ventanas y su techo de zinc estaba en mal estado. La mayor dificultad no era las condiciones de la “casa”, sino lo difícil para movilizarse, era muy difícil acceder a una tienda, a la escuela, al subcentro de salud, a la carretera para tomar un bus. En estas condiciones, Dalila salía temprano y volvía muy tarde a casa, dejando solos/as a sus hijos/as durante mucho tiempo. Lucía relata lo siguiente:

(...) era arribísima, ahí mis hermanos dejaron de estudiar porque mi mami trabajaba en ese tiempo cocinando en un chifa, [...] Ese lugar en el que vivían era bien feo, chiquito y frío, me daba mucha tristeza, a veces irles a visitar y verles que no tenían lo necesario (Lucía, 2013).

Cuando Dalila inició la reconstrucción de la vivienda, comprando vidrios y puertas a medio uso, la familia Salas fue desalojada nuevamente, porque según Lucía:

(...) los vecinos decían que como eran bastantes, destruían el lugar que no era ni de ellos, sino que por hacer una caridad ellos permitieron que vivan ahí, pero como ya le estaba arreglando, ellos ya pensaron que mi mami se iba a quedar y adueñarse” (Lucía, 2013).

Es decir, los vecinos los asociaban con el desorden; al ser una familia numerosa, con sujetos/as negros/as, que vienen de lejos, de un lugar que ni si quiera han escuchado, provocaban cierto tipo de miedo entre los pobladores del barrio.

Después de cuatro meses, nuevamente tuvieron que salir y pedir ayuda al comité del barrio que inicialmente les había dado la mano. Durante tres meses el comité les asigna dos cuartos que estaban ubicados en la casa barrial, pero por presión de los habitantes, el presidente sugiere a Lucía que busquen otro lugar porque “es demasiado pequeño y se necesita una bodega para recibir una donación”. Lucía, luego de recorrer el barrio y pedir ayuda a la gente que ahí habita, llegó a un terreno grande al que la gente accede/accedía con facilidad a depositar la basura.

De acuerdo a Guerrero (2005) la tendencia migratoria de los afroecuatorianos¹³ hacia las urbes, se da a inicios de los años setenta, principalmente debido al auge de la producción petrolera que dio paso a la instalación de la refinería en Esmeraldas. De la misma forma, ha habido otras presiones sociopolíticas que han dado paso a este tipo de migración, tales como el dominio de los finqueros (colonos blanco-mestizos), los empresarios dedicados al cultivo de oleaginosas y las empresas madereras sobre sus territorios. A estos factores se juntan, por una parte, la ausencia de políticas estatales orientadas a la demarcación y adjudicación de los territorios (“comarcas” y “palenques”) que ancestralmente han estado en poder de la población afroecuatoriana, y por otra, la débil e incipiente organización social de estos grupos (Guerrero, 2005: 32).

Hablar de negritud afroecuatoriana es hablar de heterogeneidad, no asumirlos como un todo homogéneo, es decir, no se piensa a los afroesmeraldeños, ni los afrochoteños, sino se los concibe como un solo grupo social. Sin embargo, en el año de 1983 llegan al barrio, mestizos de Manabí y afrochoteños. A partir de la reforma agraria en el Valle del Chota – Mira se dio, por una parte, la parcelación de la tierra, y por otra, la presión demográfica sobre ese recurso. Por lo tanto, quienes participaron de la migración fueron quienes estuvieron vinculados al trabajo en haciendas como “peones/as” o “arrimados/as” que no pudieron acceder a las tierras (Hernández, 2005:59). Según el presidente del barrio, la población afro representan el 1% de su población; sin embargo, si bien su llegada ha sido temporal debido a la heterogeneidad de creencias y prácticas sociales, laborales, religiosas, de sus habitantes, su presencia demuestra relaciones de discriminación urbana complejas, así lo expresa una habitante del barrio:

Los negros poco se los ve por aquí, dicen que vienen de más por abajo, pero a mí no me han hecho nada y bueno son personas como todas [...] de Esmeraldas yo me imagino o la playa, pero lo que se ve en la tele porque yo no tengo tiempo para irme, tengo que trabajar,

¹³ Los afroecuatorianos se han asentado en tres provincias del país: Imbabura (Chota), en el Carchi (Mira) y en la provincia de Esmeraldas. En las dos primeras la llegada de los afros surge en el período de tráfico de esclavos desde África Occidental hacia América en la segunda mitad del siglo XVIII. Según relata, en esos años llegaron al país grupos de esclavos para trabajar en las haciendas cañeras de los jesuitas, ubicadas en el valle del Chota y la cuenca del Mira (Guerrero 2005: 30). Dentro de los estudios de antropología social, a estos últimos se los conoce como “afrochoteños” para diferenciarlos de los “afroesmeraldeños”, quienes se habrían asentado en la provincia de Esmeraldas a raíz del naufragio de un barco que se dirigía al Perú. A partir de los patrones de asentamiento originales, tanto los afrochoteños como los afroesmeraldeños han emigrado a otras provincias del país, especialmente hacia Guayas y Pichincha.

como todos ellos han de vivir de lo que Dios nos dé, allá ¿qué habrá?...pescados, camarones, verde, eso... (Pedro, 2013)

De otro lado, según dice una persona indígena perteneciente al barrio: “Los negros se fueron al ver que no hay gente como ellos, de esa color, aquí uno busca llevarse con la gente, la mayoría trae a las familias pero ellos no iban ni a la misa ni participaban de nada porque tienen otras costumbres” (Milton, 2013).

No se sabe mucho sobre lo que sucedió con esta familia luego de su salida del barrio, pero de acuerdo a Hernández (2005) las familias afroimbabureñas se apropiaron de tierras a través de una cadena de relaciones sociales basadas en el parentesco o la amistad, para conformar las “nuevas familias migrantes”. No obstante, según los habitantes del barrio Jesús del Gran Poder, quienes son “de esa color” “no participan”, y “tienen otras costumbres”¹⁴. Convergiendo el racismo, que según Lao Montes (2007), es un categoría analítica fundamental para comprender la opresión y las desigualdades, especialmente las formas de dominación que se configuran y ejecutan por medio de la racialización de sujetos, espacios e instituciones. En otras palabras el racismo es una formación global de poder, que reproduce dominación racial de corte cultural, político, y económico, como un componente clave del sistema-mundo moderno/colonial capitalista. (Lao Montes, 2007: 8).

No obstante, las jerarquías raciales son definidas de forma ambigua e inestable, a partir de criterios múltiples que pueden ser fenotípicos, culturales, religiosos, ecológicos, gnoseológicos, y lingüísticos. En el barrio “Jesús del Gran Poder” se identifica la segregación espacial y de diferencia cultural, sobre los afrodescendientes que son “gente extraña” que no tienen mucho en común porque la comunidad funciona como un espacio cerrado, en tanto los afros no tienen actividades en el barrio, son subproletarios que no comparten la vida del barrio sino que solo llegan a dormir y por eso se los ve como sospechosos o violentos.

En el año 2000 llegó otra familia afroimbabureña que arrendaba una pequeña casa, los moradores mencionan que no estuvieron mucho tiempo (dos años aproximadamente). Casi no hablaban con sus vecinos ni participaban de las actividades sociales que solían organizarse: “A ellos casi no se les veía andar por el barrio, muy raro

¹⁴ Los moradores entrevistados se refieren a la manera de vestirse que a pesar del frío suele ser ligera; a los productos que compran para su consumo por ejemplo, yuca, verde, plátano, huevos, granos; a las prácticas religiosas, porque no participan a menudo de la celebración de la misa del domingo.

era verles, el señor me parece que se dedicaba a cuidar carros o algo de los guardias, la señora pasaba en la casa porque tenían algunos hijitos, pero se fueron y casi negros aquí no hay, no hay mismo creo”. (Arturo, 2013).

Además de lo arriba descrito, la gente del barrio señala que los afros participaban poco de las mingas barriales. Esta actividad era compartida entre mestizos e indígenas. Según los indígenas eran las arraigadas creencias religiosas que tienen los afro lo que provocaba que no asistían a reuniones sociales en fechas festivas como la semana santa, el día de los difuntos, y “menos aún” a las misas de los domingos, lo cual es muy significativo para los moradores “ir donde el Jesucito”, pues es un momento de encuentro, comunicación y colaboración.

2.4 A manera de cierre: Segregación espacial y no espacio

Con respecto al basural, los habitantes del barrio lo conciben como un lugar que está en sus límites, lejos de su acceso y contacto cotidiano. Para quienes viven cerca de él, les provoca miedo, temor, rechazo por las ratas y mosquitos que ahí se procrean. Si bien, en un inicio, la gente llegaba casi a diario a botar la basura por no contar con un sistema de recolección, hasta la actualidad se continúa con esta práctica, aun sabiendo que ahí habita una familia. Cabe señalar que las características de los desechos han ido cambiando debido al consumo y actividades productivas de sus habitantes.

De acuerdo a sus habitantes, en un inicio alrededor de los años noventa, los desechos eran en su mayoría orgánicos, puesto que al ser una población indígena-campesina, su alimentación se basaba en los productos que cosechaban en los terrenos que habitaban. Hace diez años atrás, la misma población cambió sus actividades productivas, las viviendas fueron ampliadas, y los terrenos destinados para la siembra se redujeron; los desechos de esta época según el presidente del barrio “eran mixtos” es decir, se consumían en un mismo porcentaje (50%) productos orgánicos, y (50%) productos elaborados, como enlatados, embutidos, entre otros. Es aquí precisamente que el terreno fue abandonado por su dueña y los habitantes empiezan a utilizar este lugar como basural. Actualmente, los desechos que llegan al basural son generalmente inorgánicos: botellas de gaseosas, cartones, fundas plásticas, etc., aunque no es raro encontrar uno que otro desecho orgánico.

El reconstruir la historia del barrio Jesús del Gran Poder permite entender los procesos de segregación espacial a través del tiempo, pues en este contexto encaminado por la modernización y desruralización, se producen fuertes olas de diferentes capas de migraciones del sector rural al sector urbano. Las ocupaciones espaciales, reflejan a nivel simbólico la distinción entre tradicional-moderno, campo-ciudad.

Hechos políticos e históricos como la reforma agraria y neoliberalismo, permiten comprender el proceso de migración indígena y afrodescendiente al barrio Jesús del Gran Poder, puesto que en los primeros, desde los años 60's hasta los 80's, las tierras se ven afectadas por un aumento de los costos, dando preferencia a aquellas que aportan beneficios en las exportaciones en especial de frutas y flores, y por tanto se da un decrecimiento de los precios percibidos por los agricultores, ya que no reciben el valor monetario real en el que fue vendido su producto. En cuanto a los afroesmeraldeños, la entrada de las empresas madereras en sus territorios, constituye el principal factor por el que las familias se desplazan a las ciudades en aras de obtener un mejor trabajo y reconocimiento social.

Esta nueva ciudad que se forma a partir de diferentes capas de transformación urbana, que no son solo por las migraciones y los asentamientos de diversos grupos sociales, sino también por una descampesinización que rompe con la idea de comunidad, trajo consigo distintas relaciones sociales, económicas y culturales entre sus habitantes mestizos, indígenas y afrodescendientes, transformando al barrio en un lugar de exclusión, por la segregación geoespacial y discriminación racista.

En este sistema de relaciones, valores estamentales y jerárquicos, de acuerdo con Kingman (2006) se expresa una cierta movilidad social y cultural, donde predomina y se sigue manteniendo la oposición binaria que separa “lo mestizo” de “lo indio”, “lo indio” de “lo negro” en la vida social cotidiana. En principio los mestizos descampesinizados de Quito, son más urbanos pues son los iniciadores de la comunidad y del comité barrial, que posteriormente conforman ritos comunitarios campesinos como la minga. Además, sus creencias católicas les hacen partícipes de actos solidarios y caritativos. No obstante, al ser los primeros habitantes del barrio, poseen ventajas frente a los migrantes indígenas y mestizos empobrecidos de las provincias de la sierra central, y afroecuatorianos del Chota y Esmeraldas, debido a que buscaron ubicarse en terrenos más amplios, productivos y de fácil tránsito, posteriormente decidieron buscar

lugares más centrales de la ciudad, así como también participaron de la migración fuera del país en búsqueda de mejores augurios socio económicos.

Los indígenas migrantes y mestizos empobrecidos comparten ritos y creencias campesinas, como las mingas y prácticas religiosas, pero “son menos urbanos” ya que pese a que actualmente son predominantes en el barrio, estamentalmente están más abajo en el lugar de la comunidad, puesto que a través de la historia por procesos de racialización han sido considerados inferiores. Las relaciones de poder entre los habitantes del barrio pertenecen a una jerarquía social racializada, es decir que atraviesa por discursos e imágenes que terminan por construir identidades raciales, por eso expresiones como “el/la indio/a”, “el/la negro/a”. Cabe mencionar que la exclusión por racismo por parte de los mestizos, ha sido mucho más notable hacia los negros que hacia los indígenas, puesto que de acuerdo a De la Torre (2002) la identidad afro ha sido sometida a la ideología del blanqueamiento y a pretendidas estrategias de homogeneidad mestiza, que pareciera que los integra, pero en verdad los excluye mediante la discriminación y la estigmatización por raza, clase y género.

En cuanto a los afroecuatorianos migrantes, en la historia se ubican solamente dos familias que migraron, principalmente, de la provincia de Imbabura; vivieron en el barrio pero no lo habitaron porque solo era un lugar para dormir, considerándolos como sospechosos, extraños. Según sus habitantes, esto se debe a la poca participación en mingas y en actividades de tipo religioso y social. Tanto así que la familia Salas ha sido ubicada por la comunidad fuera de ella, en un depósito de basura que se caracteriza por el empobrecimiento extremo, la violencia y la exclusión.

Se define la idea de la marginalidad como una carga social o retraso, en relación directa al modelo del mundo moderno anclado a la complejidad de la organización productiva, el desarrollo tecnológico en las ciudades, la especialización laboral en el campo del servicio, y también, la concentración del poder de unos grupos sobre otros respecto del control económico, político y social. De este modo el barrio en mención representa un margen social, la marginalidad es un tema vinculado al acceso al poder, a la decisión sobre el propio destino donde están excluidos los sectores sobrantes, en lo económico y social, en la marginalidad de pobreza. En este problema opera la falta de participación de estos sectores en la producción, ingreso, consumo y decisión político-

económica, lo cual crea disparidad de las condiciones del trabajo, el acceso al empleo y la marginalidad del sistema económico productivo.

El terreno que antes era destinado únicamente para depositar la basura, actualmente es habitado por Dalila Salas y su familia. Pese a que existe recolección de desechos por parte del Municipio una vez por semana, las personas continúan botando todo lo que consumen, aun sabiendo que a más de contaminar el entorno, afectan a la familia Salas. Asimismo, los terrenos que temporalmente fueron ocupados por familias afrodescendientes, se ubican en las periferias del barrio, segregando los espacios.

CAPITULO III

HISTORIA DE VIDA DE DALILA SALAS Y SU FAMILIA¹⁵, VIOLENCIA, SEXUALIDAD Y MATERNIDAD

Como se describió en el capítulo anterior, Dalila y su familia son migrantes que han llegado de otra provincia, experimentado procesos de segregación espacial, principalmente por ser afrodescendientes, trasladándolos, de forma espacial y simbólica, al basural. Sin embargo, su estadía en este espacio se ha dado en torno a relaciones mediadas por distintas formas de violencia. En el presente capítulo se explicará, a través de la historia de vida de Dalila Salas y sus hijos/as: Lucía¹⁶ (su hija mayor), y de Marco Antonio¹⁷ (su tercer hijo), en la parroquia Carlos Concha¹⁸.

Esta parroquia es el lugar, donde cuarenta años atrás, aproximadamente, ocurrieron acontecimientos sociales, económicos y políticos que influyen en la historia de la familia Salas; uno de los hechos más significantes: la intervención de empresas madereras que desde los años sesenta se viene desarrollando en toda la provincia de Esmeraldas. En esta provincia, según Vallejo (2001), la producción silvícola fue considerada solo como proveedora de materia prima, alimentos y mano de obra barata. Las políticas de colonización del Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización (IERAC) que promovían la tala, dio paso al acceso y uso desmedido de los recursos naturales y del bosque. El Estado en estos años implementó una política de concesiones de las áreas forestales, consideradas patrimonio estatal. Esto significó que

¹⁵ Los testimonios descritos a lo largo del capítulo fueron registrados en el mes de enero del 2013.

¹⁶ Lucía tiene 25 años, es madre de tres niños. Se casó hace 9 años y actualmente vive en Quito en el barrio El Tejar (Lucía, 2013).

¹⁷ Marco Antonio tiene 18 años, es soltero y trabaja ayudando a Dalila en el reciclaje de cartón.

¹⁸ El acceso a los servicios básicos aún es precario, ninguno de los recintos de la parroquia cuenta con sistemas de eliminación de excretas, lo hacen por medio de pozos sépticos; carecen de agua potable, únicamente acceden al agua entubada que viene del río Teaone, de pequeños esteros y de agua lluvia. No hay recolección de basura, muchos de sus habitantes depositan todo tipo de desecho en un campo abierto, o en su lugar optan por quemarla; no hay líneas telefónicas ni móviles. En cuanto a la educación la parroquia tiene una escuela que lleva el nombre de “Carlos Concha”, tiene seis aulas, cada una con capacidad para 12 personas, inicialmente era unidocente, sin embargo hace 4 años se incorporan nuevos profesores que son solicitados por la Junta Parroquial. En lo que concierne a la familia Salas, Dalila y sus hermanos únicamente tuvieron acceso a la educación hasta el cuarto grado de primaria, pues en su caso luego de la muerte de su madre todos tuvieron que trabajar en distintas familias a cambio de cuidado. Así mismo, la parroquia cuenta desde hace ocho años con un dispensario de salud en el que atienden dos médicos y tres auxiliares de enfermería

los madereros empezaron a tener un acceso fácil a zonas de patrimonio estatal, especialmente de tierras campesinas, donde se encuentran las especies maderables más valiosas y rentables. Los subsidios estatales han dado paso a la omisión de los pagos y regulaciones en cuanto a la reposición o reforestación de los bosques.

A nivel social, las familias han sido parte de un sistema de producción económica llevado a cabo por las empresas madereras, puesto que estos grupos son considerados como productores primarios sin ningún tipo de acuerdo formal o informal; las actividades a las que se dedican son principalmente el contrachapado o madera blanca para tumbar, cortar en tablones, transportarlos y venderlos en mercados regionales (Pineda, 2010). Además, estas familias asumen todos los costos de producción, los riesgos de accidentes, caída/súbdita de los precios, problemas de transporte, entre otros. No obstante, al interior de las familias, tal y como ocurrió con la familia Salas, se producen hechos concretos que a partir de la violencia estructural, entendida como empobrecimiento, racismo y machismo, han dado paso a la configuración de las emociones de Dalila y sus hijos e hijas. De esta forma se pueden percibir que todas estas dinámicas sociales emergen y reproducen la violencia, que se traduce en la desposesión territorial, explotación laboral, desprotección de las necesidades básicas y los derechos humanos; así como también de la violencia machista en los hogares.

En este contexto, la pregunta que guiara este capítulo es: ¿Qué es y cómo se relacionan la(s) violencia(s) con la desposesión y el desplazamiento? Para esto se analizará fragmentos de la vida de la Dalila, Lucía y Marco Antonio, en la Parroquia Carlos Concha. En primer lugar se abordará el proceso de desigualdad socioeconómica y racista por parte del Estado y las empresas madereras; en segundo lugar se analizará la violencia de género a través de la separación, pérdida y abandono de los hijos y las hijas; por último se realizará un epílogo que argumenta la alianza de Dalila y su hija para huir de la violencia.

3.1 Proceso de desigualdad socioeconómica y racista por parte del estado y las empresas madereras

La parroquia Carlos Concha¹⁹, desde sus inicios, según el actual Presidente de la Junta, ha sido habitada por familias mestizas migrantes de la provincia de Manabí y por familias afroesmeraldeñas, dedicadas, principalmente, a la agricultura, la caza y la pesca. Ha sido dirigida, principalmente, por varones mestizos; los afroesmeraldeños, si bien han formado parte del comité parroquial, no han tenido el apoyo de la población para liderar la Junta. Eso se dio, según sus habitantes, por el dominio de los terratenientes, en su mayoría mestizos de la provincia de Manabí. En efecto, de acuerdo al testimonio de Fausto Chila, presidente de la junta parroquial, quienes se apropiaron de grandes extensiones de tierra, para trabajar en la tala de árboles, fueron mestizos que bajaron del sur de Manabí, debido a la sequía en los años veinte. A propósito, Dalila, al ser hija de uno de los primeros habitantes recuerda lo siguiente:

“Antes los terrenos eran grandes, tenían lo que quiera para sembrar y llegaron unos manabas (años 90’s) que ya hicieron fincas con ganado y el Ulvio Falcone y el Nefalí Falcone se dedicaron a la madera, ellos sí que se hicieron plata porque tenían luego unos carrazos y ellos iban empleando a la gente de ahí, y claro como no había trabajo qué más les tocaba que irse al monte a cortar los árboles y aserrarlos” (Dalila, 2013).

En lo que corresponde a la división espacial de las viviendas, la parroquia no ha sido segregada, pues se puede observar igualdad en la dimensión de la superficie de sus terrenos y también en su estructura, así como también en el acceso y los límites de los servicios básicos. El hijo de uno de sus primeros habitantes, narra lo siguiente:

Yo nací aquí, mi papá era de Esmeraldas y mi mamá era de Colombia, vinieron aquí para trabajar porque como usted ve aquí esta tierra es bien productiva, entonces habían cuatro familias, la mía que somos los Palacios, los Lara, los Muñoz y los Salas. Siempre nos hemos llevado bien, cada uno en su casa, en su trabajo, pero sí nos hemos llevado. Las casas eran de guadua al principio pero luego ya se hicieron así de madera, no había luz, agua lo que tenemos el río Teaone, y hasta ahora nada de teléfonos ni nada (Héctor, 2013).

¹⁹La parroquia fue creada el 8 de octubre de 1955 en la administración presidencial de José María Velasco Ibarra. Su nombre es en honor al Coronel Carlos Concha “un hombre de lucha, que defendió a las poblaciones rurales en la guerra de los liberales y los conservadores, era del ejército del Eloy Alfaro” (Explicación realizada por el señor Fausto Chila, Presidente de la Junta parroquial Carlos Concha). Está conformada por una población diversa que responde a flujos migratorios de diferentes regiones del país, especialmente de Esmeraldas y Manabí, pero de acuerdo a sus habitantes los primeros en llegar aproximadamente en los años veinte fueron los afrodescendientes.

Desde los años sesenta, de acuerdo a estudios realizados por Acción Ecológica (2000), uno de ellos llamado: “¡Emergencia!, El INDA entrega Patrimonio Forestal del Estado: Empresa BOTROSA, obligada a devolver predio El Pambilar”, las empresas madereras han sido organismos que se construyeron por medio de una red de comerciantes e intermediarios, ellos han accedido a los bosques a través de la posesión directa de las áreas forestales estatales, del arrendamiento de tierras y de la compra o apropiación de posesiones campesinas. En la parroquia Carlos Concha, según sus habitantes, las empresas madereras ingresaron a sus territorios cometiendo una serie de atropellos, se hicieron falsos ofrecimientos de trabajo a cambio de comida, de realizar construcciones de obras de infraestructura, carreteras, escuelas. Además, las empresas pagaban precios irrisorios por los árboles, creando unilateralmente agrupaciones campesinas que dividen y enfrentan a sus pobladores. Para el negocio de la madera fue muy rentable, ya que los precios se mantienen a nivel de finca, transfiriendo los costos ambientales a los campesinos, es decir, las empresas transfieren a los campesinos: la pérdida de los bosques, vibraciones de maquinarias, nuevos vecinos colonos, nuevas enfermedades. Asimismo, los madereros influyen directamente en los precios de la madera, logrando la recuperación de sus inversiones a través de los precios de los productos elaborados, los mismos que superan doce veces la inversión inicial (Acción Ecológica: 2000).

Estos estudios muestran que un dueño del árbol, en la provincia de Esmeraldas, se le paga 1,5 USD por m³, alrededor de 6 USD por árbol de 4 m³. Con dos m³ de madera se hace un m³ de aglomerado que se vende en 459 USD. El 98,4 % de las ganancias se lleva la industria maderera, el 1,1 % es para los trabajadores y el dueño del árbol y el 0,5 % se paga de impuestos estatales. Asimismo, el precio que reciben los pobladores se incrementa un 18% cada año, mientras que los empresarios madereros incrementan el precio de los productos elaborados cada tres meses.

En este período, donde se intensificó la actividad maderera, la familia Salas atravesó por algunos cambios. Para Dalila y su familia significó que su padre pasará de la actividad campesina a la actividad maderera. Esta situación se evidenció en, casi todos, los varones de la parroquia, pues su interés por el dinero les obligó a internarse en el bosque por lapsos de hasta un mes; en ese tiempo debían exponerse al intenso calor, sus cuerpos debían aguantar el peso de los grandes troncos, tenían que comer una o máximo dos veces cada día, exponiéndose a diversos accidentes como caídas o fuertes golpes, así como también a enfermedades virales, gastrointestinales y respiratorias.

De este modo, en muchas familias empezaba a ocurrir lo mismo.

Por su parte Dalila ayudaba a su madre en el cuidado de sus hermanos y en la recolección de frutas de temporada, sobre esto recuerda lo siguiente “Yo jugaba más con mi hermano mayor, así, en la tierra, a las escondidas, a la pelota y en veces que nos íbamos al río” (Dalila, 2013). Tras la muerte de su madre, a los siete años de edad, Dalila, en su adolescencia, aprendió a realizar labores domésticas, ofreciendo su trabajo a cambio de cuidado. Hasta los doce años sirvió en una casa ubicada en los alrededores de la ciudad de Esmeraldas, después fue recomendada a otra familia. A los seis meses de trabajar en aquella casa, ella fue acusada de robo, lo que causó su salida en búsqueda de un nuevo lugar para vivir. Por último, una familia que conoce a Dalila en Esmeraldas, la trae como empleada doméstica a Quito y vive en el norte de la ciudad alrededor de tres años.

Al cumplir los quince años, Dalila decide volver a su parroquia porque fue muy difícil adaptarse, especialmente, al clima y al transporte. A su regreso va a visitar a su padre y hermanos, pero ellos la reciben con actitudes de rechazo y desamor. Para Dalila esto fue muy desalentador, porque desde niña ha tenido que subsistir en ambientes donde siempre la han visto “como lo peor de lo peor”. En varias ocasiones tenía que aguantar gritos, humillaciones, reproches y acusaciones de las personas con quienes vivía. Desde la muerte de su madre, acto que fue experimentado con mucha violencia, Dalila dice: “ya no soy la misma, [...] con mi mamá...!uy! Si ella hubiera vivido, yo no tendría la vida que tengo porque aunque sea para un consejo las madres siempre están ahí” (Dalila, 2013).

Otro de los motivos por los que Dalila regreso con su parroquia, fue porque estaba embarazada de su primera hija: Lucía. En 1987, período de intensificación de las políticas neoliberales, ocurre un declive en cuanto al uso desmedido de los territorios a nivel nacional, así como también en la reforma de las estructuras estatales. En esta época se emprende una creciente libertad de movimientos de capitales y tecnologías (Castells, 1997:21) donde la actividad maderera tiene su punto de inflexión más alto. Los habitantes de la parroquia Carlos Concha afirman que esa época fue caracterizada por la escasa intervención estatal en temas madereros.

Es en esa etapa que Dalila se juntó con Segundo Ricaurte, un varón afrodescendiente, con quien tuvo sus diez hijos e hijas. Él fue el que más daño causó a

Dalila, de alguna forma es el principal exponente de violencia de género en la vida de ella y sus hijas. Esto implicaba que ella y sus hijos/as, vayan monte adentro, uno o dos meses, a trabajar en la madera. Ella relata que Ricaurte procuraba cortar árboles de “madera fina”, como el guayacán, coco, calade y dormilón; después de cortarlos debían sacar las ramas, la corteza, y finalmente aserrarlos. Ellos, en todo este tiempo, algunos días comían otros no, eso dependía de si lograban cazar o pescar algún alimento. Las condiciones de esta familia durante este tiempo eran infrahumanas, pernoctaban en carpas que muchas veces los protegían del sol pero no de la lluvia, no podían bañarse ni cambiarse de ropa, sino hasta llegar a alguna rivera. Todo el tiempo estaban desprotegidos de insectos y otros animales que en algunas ocasiones generaron enfermedades, como el paludismo y la fiebre. Además, el padre de los/las niños/as no dejaba que Dalila y sus hijos/as descansaran porque “no había tiempo para estar de vagos” les decía. “...a él no le importaba si eran hombres o mujeres, hasta los chiquititos les levantaba a las 2 de la mañana y nos íbamos al monte, un mes adentro...” (Lucía, 2013).

Lucía también recuerda lo siguiente:

(...) y nos levantaba a las dos de la mañana a toditos y nos refundíamos en el monte un mes, sacando madera, ahí casi pierdo la vida si no es por un tío mío, porque me caí al río y el me jaló, sino me iba. En ese mes siempre nos enfermábamos, al menos yo con uno de mis hermanos, siempre nos daba paludismo y así mismo nos tocaba trabajar. (Lucía, 2013).

A pesar de estas circunstancias, Dalila recolectaba cacao y aprendió sobre el uso de ciertas plantas, que ayudaban a contrarrestar las enfermedades de sí misma y de sus hijos/as: “Ahí ¡qué pastillas ni nada!, ahí de las matas era que uno se ayudaba”. (Dalila, 2012). Esto significó un ingreso económico extra para ella, porque personas de su parroquia le pedían hierbas para hacer “aguitas” para el riñón o para el colesterol. De vuelta a casa, ella vendía lo que había recolectado para dar de comer a sus hijos/as, puesto que el pago de su trabajo en la madera lo recibía el varón, quien pocas veces

proveía de lo necesario para la casa. De acuerdo a María Belén Cevallos (2013)²⁰ las mujeres afroesmeraldeñas son muy creativas en cuanto a estrategias de sobrevivencia, puesto que comercializan los productos de su medio, que como en muchos otros lugares son características sociales, en que se mantienen relaciones de dependencia; como menciona en su estudio “son relaciones mediadas por el dinero”. Por otra parte, Dalila consiguió tener en base a mucho esfuerzo su propia casa, con ayuda del padre de Ricaurte que les regaló un terreno. En base a la experiencia del varón en el oficio de la madera, Dalila aprovechó su estancia en los bosques para aprender a cortar los árboles, cargarlos, aserrarlos, para luego elaborar pingos, vigas y tablas. Así también elaboraron camas, una mesa y varios taburetes para dormir y servirse sus alimentos. Hasta el momento, este lugar se conserva en buen estado, pero tras varios conflictos de pareja que se explicarán más adelante, Ricaurte dio la casa a su padre para su vivienda.

En suma, se puede percibir que en la parroquia Carlos Concha, Dalila y su familia experimentaron violencia estructural traducida, por una parte, en desigualdad socioeconómica, explotación laboral, que el Estado ha permitido con la entrada de las empresas madereras²¹ en el sector y, por otra, expresada en el racismo. Según sus habitantes los empresarios y colonos, invaden los terrenos de la parroquia, porque considerarlos “negros”, “salvajes”, “unos analfabetos”,²² quitándoles valor como sujetos.

Por último, la violencia socioeconómica transita en la cotidianidad por el abandono del Estado, desembocando en la configuración de las emociones; como sucedió con Dalila que tuvo que enfrentar relaciones conflictivas entre su padre, hermanas, hermanos, además, inició un ciclo de embarazos desde su regreso a Quito. Según ella: “la mayoría de ellos no deseados”.

²⁰ Cevallos María Belén, en su tesis titulada: “Procesos de vida y procesos organizativos de mujeres populares caminos paralelos, caminos que se cruzan, caminos que se juntan” Quito. FLACSO - Sede Ecuador. 2012. 113. (Cevallos, 2013). De la misma forma, pudo constatar que los varones afroesmeraldeños tienden a circular, están en tránsito, mientras las mujeres se quedan en su territorio por lo general a cuidado de los hijos/as, pero los varones en todo este tránsito, llegan en algún momento a hacerse cargo de hijos que no son suyos y de los que sí son, se despreocupan. Esto se puede evidenciar con Dalila, ya que Ricaurte luego de haber estado con muchas mujeres de la parroquia, vive y mantiene a dos familias sin apoyar ni afectiva ni económicamente a los diez hijos e hijas que tuvo con Dalila, todos ellos han sido reconocidos solamente con el apellido de la madre, a lo que según ella expresa: “Estoy fregada porque al menos algo le hubiera exigido que me pase algo para tantos gastos que toca”.

²¹ Las empresas madereras que forman parte del Grupo Durini que intervinieron en la parroquia Carlos Concha son: **Bosques Tropicales S.A. – BOTROSA, Empresa Durini Industria de Madera C.A. – EDIMCA y Enchapés Decorativos S.A. – ENDESA. VER CITA.**

²² Expresiones del señor Héctor Palacios, habitante de la parroquia Carlos Concha.

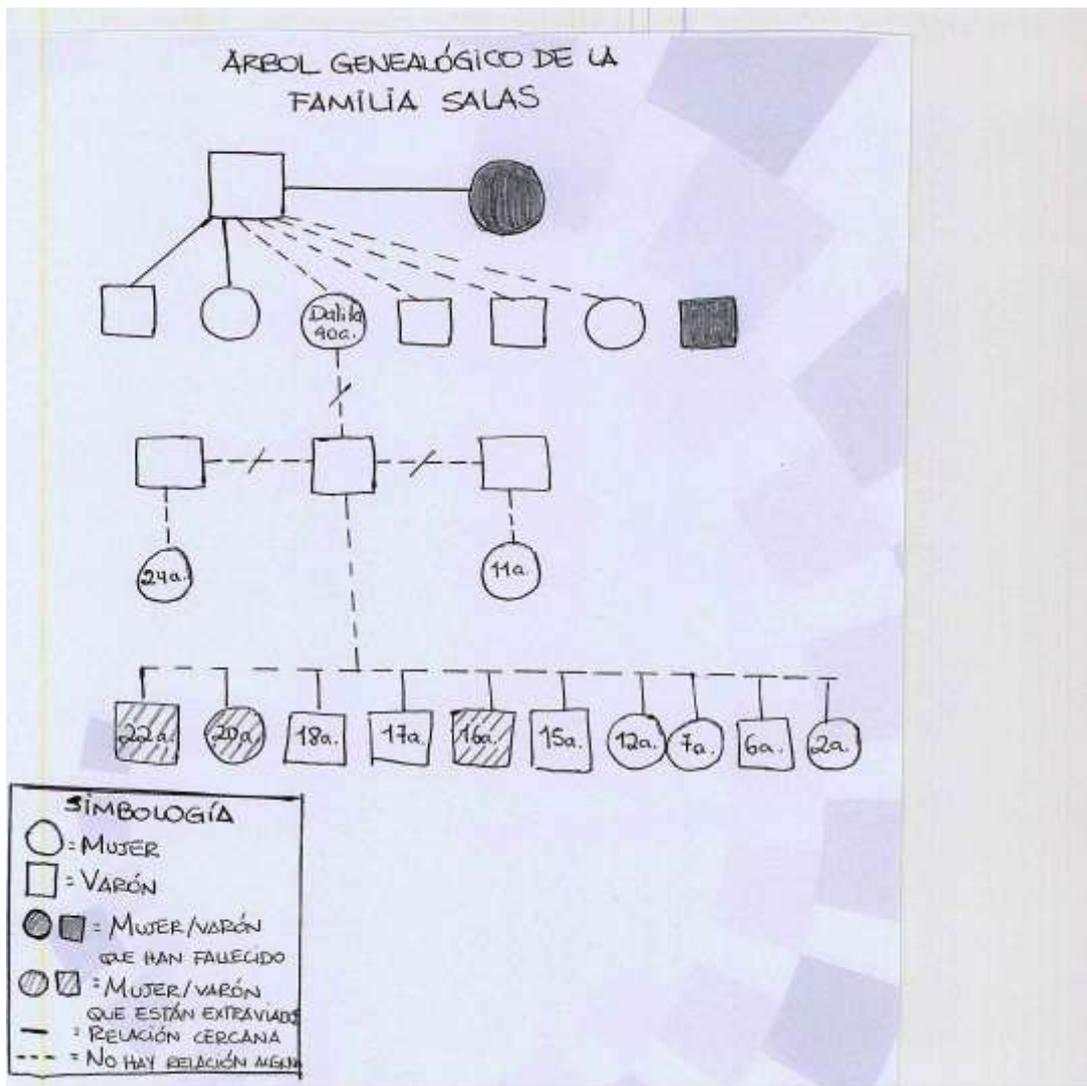
En pocas palabras, esta desigualdad socioeconómica que enfrentan los hombres mestizos y afrodescendientes de la parroquia, dan paso a la desigualdad de género, de tal manera que los varones desplazan su dominio mediante la violencia sexual. Este tipo de violencia que se genera a través del racismo como una estancia simbólica de la comunicación, del conocimiento, del reconocimiento y del sentimiento, da paso a que las mujeres acepten como evidentes y naturales todas las sensaciones y experiencias que se imprimen insensiblemente en el orden de los cuerpos Bourdieu (2000).

3.2 La repartición de los hijos y las hijas

Al entrar en la historia de vida de Dalila Salas, se encuentran acontecimientos concretos de violencia de género. Una de las primeras y más importante fue el asesinato de la madre de Dalila por parte del padre, no se sabe exactamente cuál fue la causa, pero se conoce dos motivos: 1) él había bebido mucho alcohol, y 2) su mujer no había cumplido con las tareas domésticas. El crimen fue horrendo y él huyó a los bosques para trabajar como jornalero de las empresas madereras.

Este suceso marcó la vida de Dalila, ya que desde los siete años ella fue encargada a otras familias, esto limitó sus estudios y de acuerdo a su relato, profundizó la soledad que sentía. Desde los quince, hasta los treinta y ocho años, ella ha tenido que sobrellevar doce embarazos, a través de la vulneración sexual, que se reproduce en la vida de sus hijas ya que ellas también han experimentado violencia sexual dentro y fuera de la familia. Además de las maternidades, ella ha experimentado la culpa por abandonos forzados a dos de sus hijos, y una de sus hijas. El punto máximo de la violencia en este eje analítico es el incesto.

A continuación se expone el árbol genealógico de la familia Salas que fue reconstruido con Dalila para ubicar a los sujetos de investigación:



A partir de este cuadro, se puede identificar el lugar que ocupa Dalila en su familia de origen (tercera hija). Se representan los tres varones con quienes vivió temporalmente, y tuvo finalmente a sus doce hijos/as. Cabe señalar que en el gráfico se incluyen a las personas de la familia que han fallecido o que hasta el momento están extraviados/as. Dalia relató muy poco sobre sus relaciones afectivas íntimas, asume que inició la maternidad desde “muy jovencita”, a sus quince años cuando vivía en Quito. Su primera hija llamada Lucía, fue con un varón de Quito; a su regreso a la parroquia esmeraldeña comienza la relación con Segundo Ricaurte. De esta relación nacen su segundo hijo, llamado Erickson; la tercera, llamada Sujey; el cuarto, llamado Marco Antonio; el quinto, llamado Miguel; el sexto, llamado Segundo; el séptimo, llamado Wladimir; la octava, llamada María. La novena hija, llamada Joselin fue con otro varón que le ofrece protección y sustento económico a ella y a sus hijas, sin embargo, esto no fue así ya que según narra Lucía:

Mi mami conoció a otro hombre y también le salió malo, era un señor negro, le pegaba durísimo, se quedó embarazada de mi hermana la Joselin, por eso ella es la más morenita de todos, mi mami no la quería porque le hacía acuerdo a él pues (Lucía, 2013).

Finalmente, después de seis meses de estar en esta última relación violenta, Dalila nuevamente decide volver con Segundo Ricaurte, con quien tiene tres hijos/as más: su décima hija, llamada Yulisa; el décimo primero, llamado Luis y la décimo segunda hija, llamada Sarita. En este período la presencia del varón que sustentaba económicamente a la familia era intermitente, según Dalila “se iba a trabajar al monte y sino donde las mozas que tenía”. El poco tiempo que estaba en casa la maltrataba física, sexual y psicológicamente, así como también a sus hijos/as. Bajo esta realidad, Lucía propone a su madre “huir” y migrar a la ciudad de Quito en el año 2004.

En cuanto al segundo y séptimo de los hijos de Dalila, se desconoce su paradero, ya que hubo un período en el que ella estuvo sujeta a las disposiciones del hermano de Segundo Ricaurte. Durante ocho meses todos sus hijos e hijas se quedaron al cuidado del padre, quien los dejaba solos por varios días, exponiéndolos a varios peligros, así como también a resistir muchas necesidades físicas y afectivas. Es así que el segundo y séptimo hijos, luego de que el padre negoció, fueron intercambiados por madera con familias dueñas de grandes fincas en el norte de la ciudad de Esmeraldas. El intercambio, según Dalila, fue por un trueque, ya que el varón necesitaba la madera para su venta y al no poder pagar el valor requerido, entregó a sus dos hijos; sin embargo, de acuerdo al presidente de la Junta Parroquial de Carlos Concha en los años ochenta y noventa, hubieron familias, lideradas por colonos, que pedían niños a modo de esclavos. Él argumenta que se debe a los rezagos feudalistas de la zona, además de una escasa intervención por parte del Estado en el control y regulación de las leyes. Los otros tres hijos restantes fueron encargados a familiares; la única hija que Ricaurte cuidaba se llama Sujey, la tenía junto a él para mantener una relación de incesto que se explicará más adelante. Además, esta lógica se basa en la violencia porque da paso a momentos de maltrato poniendo en riesgo incluso la vida de las mujeres y los niños/as. Lucía narra lo siguiente:

(...) el papá de mis hermanos hizo unas cosas...un día les había puesto en fila a mis hermanos y le había llevado a una señora para que escoja dos, y se llevó a Segundo y a Vladimir, los llevaron lejos, bien dentro del monte, y en todo ese tiempo siempre ese hombre estuvo con mi hermana, a ella sí no la soltaba, porque mis hermanos pasaban solos, días sin comer, siempre fue así con nosotros... (Lucía, 2013).

Marco Antonio añade lo siguiente:

Yo de eso me acuerdo poco, aún era pequeño pero pasábamos solitos, sin comer. Cuando mi papá venía nos daba un pan y cola. Si teníamos sed tomábamos agua del río, y si teníamos hambre una fruta o alguna hierba porque nadie podía cocinar nada. Yo me fui con mi hermano el Segundo a donde un señor que le hicieron luego mi padrino porque ya como que nos quería dejar a vivir con él (Marco Antonio, 2013).

El abandono y el hambre que experimentaron los niños son formas de violencia estructural, ya que no solamente fue una negligencia de su padre y su madre, sino también del Estado. Cuando la madre regresa a su pueblo, inundada por la impotencia y la culpa, empieza a recuperar a sus hijos e hija, perdiendo totalmente la ubicación de aquellos niños que fueron intercambiados por madera. “A todos los recuperó de a poco pero al que nunca le volvió a ver es al Wladimir porque disque está por un monte arriba, lo habían cambiado por madera”. (Lucía Salas, 2012).

Luego de recuperar al resto de su familia, Dalila regresa nuevamente con Segundo Ricaurte por arreglos económicos, quedándose nuevamente embarazada de su sexta hija.

Otro acontecimiento importante donde se identifica la violencia de género, se basa en la decisión de los familiares de Dalila de enviarla a la prisión, tras haber mantenido una riña por celos hacia su hermana mayor. En una entrevista realizada al padre de Segundo Ricaurte García, tío de Dalila, supo manifestar que desde pequeño su hijo fue “un bandido”, tuvo varias parejas y entre ellas la hermana mayor de Dalila. Este hecho es relevante ya que es la causa para que ella haya sido arrestada²³. A diferencia del crimen que cometió el padre de Dalila, donde hubo acuerdos y aprobaciones de la familia y de la población para que él huyera y se escondiera en los bosques, ella fue llevada a la cárcel junto a sus dos hijos aún pequeños, sin ningún tipo de remordimiento por parte de la familia y de la comunidad. De esta experiencia, Lucía narra lo siguiente:

(...) como no tenía en dónde dejarnos nos llevó a la cárcel...yo no me acuerdo mucho pero mi mami dice que eso es feísimo, que ahí se desea lo que aquí se rechaza. Estuvo no más tres meses porque luego mis tíos hablaron y creo que pagaron y salió (Lucía, 2012)

Los celos como rivalidad entre dos mujeres, se reflejan en actos donde opera y se reproduce la violencia, de tal forma que en este continuum Dalila pasa de ser víctima a

²³ Dalila estuvo en prisión durante tres meses junto a sus dos hijos mayores. En un momento de pelea con su hermana, Dalila cortó una de sus manos, fue detenida por algunos habitantes de la parroquia y luego llevada a la policía.

ser victimaria. El estallido de la violencia de acuerdo a Jimeno (2004), puede ser imprevisible e inevitable en un acto de venganza, y en muchos casos puede terminar de una forma trágica, entre las causas está la ambigüedad de los conflictos propios de la relación. Con ayuda del padre de Segundo Ricaurte, Dalila sale de la prisión y regresa nuevamente junto a Segundo, a pesar de que cada vez su relación se tornaba más violenta.

Desde la lógica de la reproducción social, cuando Dalila vivía en la parroquia de Carlos Concha, realizaba una labor fundamental porque era la organizadora del trabajo doméstico en su hogar, y la encargada de la servidumbre cuando tenían que trabajar en la actividad maderera. Según Dalla Costa (2006) la reproducción prevalece por encima del orden productivo ya que cada vez más se reduce la disponibilidad por parte de las mujeres, por lo tanto se pone en peligro la gratuidad de la servidumbre, recurso indispensable para mantener la estructura familiar. Además, la procreación ha sido el eje de la reproducción y la organización social de la familia Salas.

Por último, la reproducción como un proceso de continua procreación surge de un modelo hegemónico del que derivan el sexismo, el autocentramiento y el machismo. En todos estos, el factor común que los caracteriza es la creencia de tener más derechos sobre las mujeres, siendo la crianza de los hijos/as una responsabilidad de ellas (Bonino, 2002). Por lo tanto, la maternidad obligatoria parte desde la lógica de una cultura patriarcal, que es meramente reproductora, marginando a la mujer a un modelo sexual impuesto por el varón, donde no puede descubrir, manifestar y menos aún disfrutar de su sexualidad. Por lo tanto el ser pareja y madre condiciona a la mujer a ser parte de esta cultura sexual patriarcal, de la que difícilmente pueden liberarse. (Lonzi, 1970).

Viveros (2009) sostiene que, en diversos países latinoamericanos, la invisibilidad e ininteligibilidad de la violencia de género es el resultado del entrecruzamiento del machismo y del racismo ejercido contra las mujeres, en el caso de esta investigación hacia las afroecuatorianas. Es así que la violencia de género se expresa en violencia sexual hacia las mujeres, lo cual se puede evidenciar en la historia de Dalila y sus hijas. Segundo Ricaurte por medio del uso de la fuerza, golpes y amenazas, tales como “si le avisas a tu mamá le mato a ella” (Lucía, 2012), abusaba sexualmente de Dalila, Lucía y su hija Sujey. La máxima expresión de violencia en esta historia es el incesto que a más

de ser una transgresión a una ley universal²⁴, porque “es una forma de violencia, remite al concepto de poder que, de hecho, establece una asimetría de fuerzas en la que el más fuerte abusa del más débil y vulnerable” (En Porras: Velásquez; 2003: 194).

De acuerdo a Carrión (2008), el incesto no es una opción sexual, sino la ausencia de opciones, es decir que en este caso el padre tiene como objetivo el acto sexual violento únicamente con sus hijas, no con otra pareja externa a su familia. En estos actos violentos, el miedo es una de las estrategias que utilizan los agresores para amedrentar a las agredidas y callarlas. Lucía y su hermana por su parte deciden callar para que nada le ocurra a su madre.

Lucía recuerda con mucha nostalgia y tristeza su niñez y adolescencia, pues desde muy pequeña ella y su hermana fueron abusadas sexualmente por Segundo Ricaurte:

(...) él abusó de mí y de mi hermana, a los 6 años, y fue así durante 3 años hasta que mi mamá lo descubrió y nos amenazaba con matarnos a mí y a mi hermana, o a mi mami, y para creerle iba primero y le pegaba a mi mami de la nada, nos decía ¿sí ven?...entonces cuando mi mami le descubrió mi mami le pegó y él le empujó y cogió una correa y con la hebilla le dio como 20 correazos y le pegó en la cara, puñetazos y quería botarla al pozo séptico... (Lucía, 2013).

Luego de que Dalila supo de estos hechos, tuvo una fuerte pelea con quien había abusado de sus hijas, pero decide dejar pasar porque el agresor es el proveedor de la familia, pues si se denuncia que este hombre está infringiendo las leyes sociales y familiares, significaría que se quedarían sin ese sustento económico que les permitiera solucionar muchas necesidades. El incesto por otro lado, significa una encrucijada entre la violencia vertical y la micro vertical, ya que el padre que pertenece a la ley y por tanto a la verticalidad, rompe las leyes de un orden social; la micro verticalidad en la intimidad se articula a la verticalidad en el momento en el que naturaliza la violencia sexual que viene del padre. Sin embargo Lucía huye como forma de protección, en búsqueda de trabajo a cambio de cuidado y es en el Quinche donde conoce a su esposo:

(...) mi hermana a lo que me regresaba me rogaba que la trajera conmigo pero no pude porque solo tenía exactito para mi pasaje; en verdad si hubiera podido yo sí le hubiera traído a mi hermana porque de seguro ese hombre se seguía aprovechando de ella. Nunca me dijo

²⁴ De acuerdo a Lévi - Strauss (1969) es el único fenómeno que tiene al mismo tiempo una dimensión natural y una cultural, es decir que está en relación con la naturaleza porque tiene la universalidad de los instintos, y está en relación con la cultura porque presenta el carácter coercitivo de las leyes sociales.

pero una noche yo le dije ñaña yo sé lo que hace ese hombre, cuéntame yo soy tu hermana, a mí también me hizo daño, y a ella solo se le llenaron los ojos de lágrimas, yo le dije que no le va a pasar nada pero que le cuente a mi mami. Esa fue la última vez que le vi y supe de mi hermana, porque luego según mi mami me cuenta una tía mía le dio plata y se fue donde ella pero según nos dijeron después de ir a la DINAPEN y sacar en el comercio y hasta en la tele, que estaba por Guayaquil y que estaba bien que ya no la molestemos, pero a mí me da miedo de que esté en eso de la prostitución o quien sabe (Lucía, 2013)

En efecto, los episodios de violencia sexual repetitivos vulneraron a la hija de Dalila, lo cual le llevó a que huyera del agresor y de su familia. No obstante, la trayectoria que Dalila experimentó con sus hijos e hijas, se da en un contexto de mucha angustia y desesperación, por el miedo a ser descubiertos por el hombre que durante diez años agredió a toda la familia. A propósito Lucía, recuerda la salida de la parroquia Carlos Concha hacia la ciudad de Quito de esta manera:

Eran como las doce de la noche, estábamos en la costa, y yo había alquilado un camión para que nos sacara hasta Esmeraldas, pero no llegaba pronto, mi mami y yo sudábamos frío porque dónde nos cogiera²⁵ el papá de mis hermanos (...) por suerte a eso de las dos de la mañana llegó el camión y nos salimos. Ya en Esmeraldas cogimos un bus y nos vinimos acá a Quito (Lucía, 2013).

De la misma manera Marco Antonio relata lo siguiente:

Era la primera vez para mí y para mis hermanos venir para acá, hacía un frío, porque viajamos en el balde de esa camioneta, fue feísimo, no se conocía nada pues, y para nosotros todo era extraño, hartísimas casas y todo lejisisísimos. Mi cuñado era bravísimo y desde que le conocí me cayó mal. Cuando llegamos acá más teníamos que estar encerrados porque no se conocía a nadie y nos daba miedo (Marco Antonio, 2013).

Fue Lucía quien contrató por quince dólares un camión para llevar la ropa, la cocineta, el tanque de gas, algunas cobijas, lo necesario para el nuevo lugar de vida de la familia Salas. En el camión viajaron hasta el Quinche toda la madrugada. Ahí les esperaba el esposo de Lucía, quien se quedó asombrado al ver que se trataba de una familia numerosa; con poco agrado les ayudó a descargar todo y a poner nuevamente en una camioneta que les trasladaría a todos hasta el sur de Quito. De esta forma se da inicio a un nuevo capítulo que se desarrolla en el basural del barrio Jesús del Gran Poder, lugar en el que surge una nueva historia de vida para Dalila y su familia.

²⁵ La palabra cogiera se refiere al temor de si les sorprendiera o encontrara huyendo.

3.3 Epílogo: La generación de alianzas entre mujeres

A partir del punto máximo de la violencia de género: el incesto, Dalila decide huir junto con sus hijas e hijos del agresor. Lucía es quien toma la iniciativa y organiza el traslado a la ciudad de Quito. Pese a que fue una decisión muy compleja, porque para esta mujer significó problemas con su marido y su familia, debido a que dedicaba gran parte de su tiempo en buscar alojamiento para su madre y hermanos/as, así como también los recursos necesarios dentro de sus posibilidades, para que tengan alimentación y servicios básicos, sin embargo, este hecho fue el eje de la alianza entre Lucía y Dalila, dos mujeres que tuvieron agencia para comenzar una nueva historia.

Si bien, en el contexto de la parroquia Carlos Concha, se pueden localizar distintas formas de violencia, por las que Dalila y sus hijos e hijas experimentaron, se puede proponer que corresponden a una verticalidad y a una micro verticalidad de la intimidad, donde hay momentos que se entrecruzan. Se entiende la primera como la violencia estructural en la cotidianidad de la parroquia Carlos Concha, en hechos como el abandono del Estado, traducido en la exclusión sobre hombres y mujeres negras, que se torna o se vuelve racismo; además involucra violencia socioeconómica, que no es sino el empobrecimiento que se expresa en la carencia de recursos económicos para la satisfacción de las necesidades básicas. Los contratos informales de trabajo hacia los varones como “mano de obra barata” desde las empresas madereras, vulneran a hombres, mujeres y niños afrodescendientes. El internarse en los bosques durante largos períodos expone a las familias a una serie de enfermedades y a peligros causados por la tala de los árboles, actividad económica para la consecución de recursos que les ayude a subsistir. Se observa el ejercicio de la violencia desde edad temprana en la vida de las mujeres, ya que si las niñas y niños no cumplen las responsabilidades a ellas/os asignadas, será motivo de diferentes castigos por medio de maltrato y violencia física.

Para las mujeres este no cumplimiento desemboca en actos violentos con el fin de que los varones puedan controlar sus relaciones amorosas y su conducta sexual.

La culpa, el miedo, la vergüenza y la soledad son sentimientos que reaparecerán en la vida de pareja y serán particularmente reforzados en una relación marcada por la violencia del hombre hacia la mujer. Al estar aceptados como ‘naturales’, estos sentimientos se convertirán en poderosos obstáculos para que las mujeres exijan sus derechos y actúen para poner fin a la situación de maltrato (Porras, 2009).

Paralelamente, las mujeres afrodescendientes son muy fuertes al momento de proteger su vida y la de sus hijos/as; por un lado, acceden a arreglos económicos con sus parejas, lo que puede provocar celos que pertenecen a emociones que dan paso a experiencias violentas y generar acciones que en la cotidianidad se traducen en golpes, gritos, peleas, violaciones, volviéndose normales entre varones y mujeres.

La micro verticalidad en la intimidad entonces se refiere a la violencia que hay entre supuestos iguales, es decir, entre sujetos subordinados que plantean jerarquías y comprenden la violencia de género, especialmente la violencia sexual. La sexualidad al igual que la identidad es una realidad dinámica, histórica, social y culturalmente construida, en una relación multidimensional y de ejercicio de poder – contrapoder, lo que nos lleva a pensar en que no hay un ideal de femineidad sexual. En lo que a las mujeres negras se refiere, son concebidas como objetos fragmentados de placer y presas fáciles para los hombres ya que “el significante de lo negro está tan fuertemente asociado a la sexualidad que es poco frecuente que en las relaciones con personas negras esté ausente la referencia a su carácter sexual (En Viveros: Lavou – Zoungbo, 2001). La violencia sexual, como dice Boesten (2008) es la expresión de la desigualdad que persiste y margina especialmente a las mujeres en vidas que con frecuencia parecen más que “mera vida” (Boesten 2008: 217), es decir, cuerpos desprovistos de cualquier significado o valor social. Esto es lo que sucede con Dalila y sus hijas, pero es mucho más complejo porque al ser mujeres afrodescendientes son sexualizadas, dando paso a las jerarquizaciones de la violencia y de la violación producidas por procesos de racialización.

Por último, la explotación maderera no solo despoja a las personas de sus territorios y medios de vida, sino que rompe la organización familiar y de los cuidados; en lo que respecta a la familia Salas, según Dalila y Lucía, la violencia sexual, se debe al consumo de alcohol, a la infidelidad o los celos, a los reclamos o peticiones de las mujeres, y al ‘no cumplimiento’ de las tareas domésticas. Es claro que para ellas la violencia llegó a ser tan natural que se acostumbraron al peligro provocado por Segundo Ricaurte, y por los otros varones que llegaron a agredirlas; no obstante optan por huir para proteger su vida y la de toda la familia.

Con lo anteriormente expuesto, se puede percibir un continuum de violencia, consolidado por condiciones reales: raza, clase y género. En este caso denigrando a

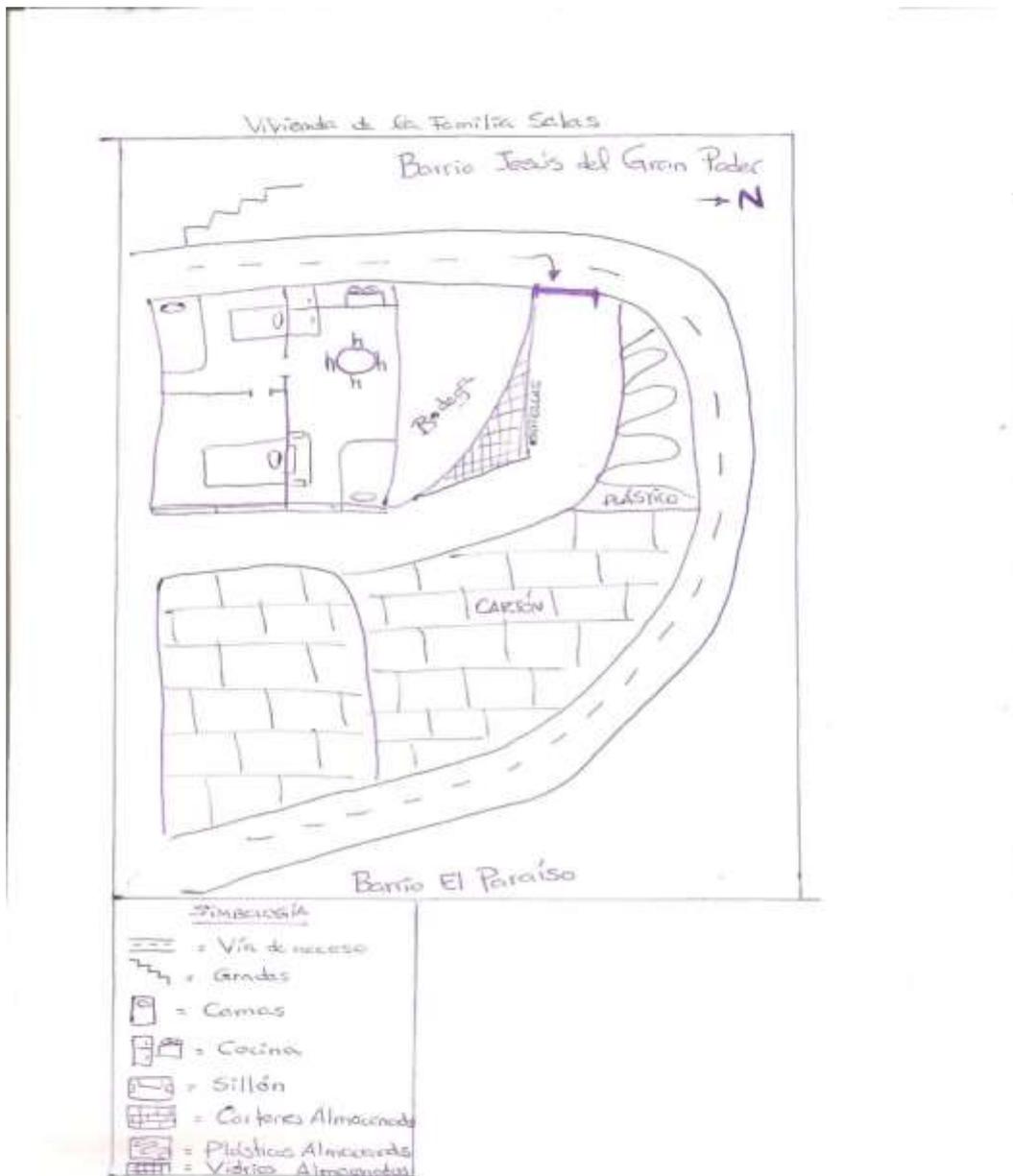
Dalila y a sus hijas por ser negras, pobres y mujeres, donde se exagera la violencia existente y facilita la invalidación de la vida física (Boesten, 2008: 201). De la misma forma, este continuum es equiparable a un continuum de desherencias, ya que la violencia y las violaciones se encarnan no solamente en el cuerpo y la memoria de Dalila, sino también de sus hijas. Como consecuencia, este tipo de vivencias terminan minando la autoestima y la autoconfianza de estas mujeres, que como Dalila y Lucía han estado expuestas a situaciones de riesgo.

En suma, lo que articula los dos tipos de violencia aquí estudiados es la naturalización de los hechos violentos, ya que la violencia estructural se vuelve cotidiana en la verticalidad y en la micro verticalidad de la intimidad; dicho de otra forma, se vuelve normal que haya desposesión, segregación e inequidad. Al naturalizarse la violencia en los sujetos, se da paso a formas de vida donde la marginación social y el empobrecimiento son factores comunes frente a los cuales los sujetos pueden adaptarse; no obstante, en las ciudades existe una mayor vulnerabilidad a conflictos sociales por intereses políticos, desplazamiento, migración, seguridad, legalidad, etc.

Para finalizar, el enfrentarse a hechos violentos que surgen de la verticalidad o de la micro verticalidad en la intimidad, provoca una configuración de las emociones, ya que a más de reproducir la violencia, mediante procesos de expropiación y desplazamiento, éstos atraviesan las relaciones afectivas y la maternidad. Las relaciones afectivas han sido intermediadas por las empresas madereras, puesto que varones y mujeres se interesan por obtener dinero y aprender a trabajar en lo que les da sustento económico. Sin embargo, tras un proceso acelerado de empobrecimiento las mujeres en estos contextos tienen menos opciones de tener independencia y por lo tanto se esencializa todo acto violento, es decir que las mujeres llegan a un punto en el que el peligro, los golpes, el maltrato son naturales en su vida.

CAPÍTULO IV

DESDE EL BASURAL DEL BARRIO, DIVISIÓN SEXUAL Y GENERACIONAL DEL TRABAJO



Al atravesar un plástico que divide la calle antes de llegar a la vivienda de la familia Salas, se puede visualizar una variedad de desechos, en su mayoría inorgánicos, principalmente cartón, plástico y vidrio. Un angosto camino lleva a dos cuartos que han sido acondicionados para la vivienda de Dalila y sus hijos/as. A su entrada se observa un piso y paredes verdes deterioradas, al fondo una ventana que es cubierta con cartones, un viejo sillón y una angosta cama en la que duermen los hijos jóvenes Marco Antonio, de dieciocho años y Miguel de diecisiete. Se ve una pequeña mesa, con tres pequeños bancos, donde la familia se reúne al momento de la comida. Una cocineta y refrigeradora son los únicos electrodomésticos que usan para preparar y conservar los alimentos; seguido se encuentra un cuarto que está dividido en dos partes por un muro de bloques. En el primer cuarto están dos camas donde duermen María, de doce años Joselin, de once años, Yomara, de ocho años, y Luis, de siete años; en la segunda cama descansa Dalila y su pequeña hija Sarita, de dos años.

La familia Salas, desde su llegada al barrio, fue portadora del estigma social que según Scheper-Hughes (1997) es “la diferencia indeseable”, traducida a una estigmatización que “condena al otro ser humano a una muerte en vida, a los márgenes de la interacción humana” (Scheper-Hughes, 1997: 358). La exclusión o marginación se traduce en la vida de este grupo social, mediante expresiones utilizadas por los habitantes del barrio, como: son “un desecho más”. Surgen construcciones sociales que colocan a la familia Salas como habitantes que no tienen valor, ni como sujetos ni como objetos. Al igual que la “basura”, la familia Salas es considerada como aquellos a quienes “hay que tenerlos de lejos”, porque “huelen mal, tienen una piel como rara, no les da miedo las ratas, ensucian la calle porque al lavar la ropa sale el agua hasta la calle, ese es un lugar feísimo”. (Pallo, 2012).

La basura, entendida como el cúmulo de desechos orgánicos e inorgánicos, es el resultado del consumo, y este a su vez es una expresión de la desigualdad económica impuesta por el sistema capitalista. Como ya se dijo, el consumismo no será igual en la clase alta, media o baja, y por lo tanto, el significado que se dé a la basura tampoco será el mismo. Por ejemplo en barrios de personas con un nivel socioeconómico alto, “basura” puede ser algo que no tiene ningún valor y que puede ser fácilmente reemplazable como ropa, que sin estar dañada la botan. Para Solíz (2009) dicha desigualdad radica en la dicotomía “excedente-escasez”, es decir que la riqueza se

concentra solamente en un grupo, mediante el dominio hegemónico hacia los marginados.

Quienes están en el extremo de la escasez viven del excedente traducido en desecho, y reproducen relaciones de jerarquías de poder a merced de garantizar su supervivencia. Los compradores explotan a los compañeros/as recicladores/as quienes a su vez han establecido un sistema de escalafones dentro de su organización (Solíz, 2009: 01).

Un factor determinante de la inequidad, según menciona Solíz (2009), es la instauración del modelo neoliberal en el Ecuador, que dio paso al deterioro de las instituciones públicas, la privatización, tercerización y subcontratación. Esto ha dado paso a dejar como herencia pasivos ambientales, es decir, recursos naturales que han sido contaminados y que han permanecido así durante largos períodos de tiempo sin ser reparados, además de la desvinculación o duplicidad de responsabilidades. Por otra parte, según la autora, hay muchos lugares en la ciudad, y en distintas ciudades del Ecuador, donde inician historias que se juntan por la inequidad.

Por tal razón, para Dalila y sus hijos/as la basura que encontraron en medio de su lugar de vivienda, se convirtió en un recurso que les ayuda a la subsistencia, pues a partir de su recolección, clasificación y venta, obtienen recursos económicos. En el presente capítulo se analizará la vida de la familia Salas en el “margen de los márgenes”, ya que el basural a más de estar fuera de los límites del barrio Jesús del Gran Poder, ha sido considerado como un lugar de exclusión y segregación espacial. El barrio por su parte es una periferia urbana, un margen social que también ha experimentado abandono por parte del Estado. El argumento central que se analizara se desprende de la siguiente pregunta: ¿Cuál es la relación entre el reciclaje de basura y los afectos como principal estrategia de subsistencia en Dalila Salas y su familia?, ya que a pesar de la exclusión, segregación espacial y marginalización todos/as trabajan diariamente por cuidar su vida. Acompañar a ellos/as es la pauta metodológica que se utilizara en este recorrido para desarrollar los ejes analíticos; por un lado, mirar la organización de Dalila Salas y sus hijos/as en un espacio en el que los afectos generan una aproximación y distancia entre sí; por otro lado, observar la división sexual y generacional del trabajo; y por último, mirar la creatividad y los afectos que atraviesan a todos los miembros que componen esta familia.

4.1 Espacio y afectos: Proximidad y distancia

El basural del barrio Jesús del Gran Poder es el espacio en el que diariamente la familia Salas genera recursos económicos, así como también construyen afectos entre la madre y los/as hijos/as. Este lugar está ubicado en la parte occidental de los límites de barrio. Según entrevistas realizadas a sus moradores, el basural surge aproximadamente en los años noventa, en la propiedad de la señora Otila Chinchín. En aquella época ella construyó una “media agua” hecha de bloques, cemento, zinc, en la que habitó poco tiempo, dejando el lugar como bodega de sus pertenencias. Tras ocho años de ausencia, la gente del barrio poco a poco empezó a depositar la basura en ese lugar, según expresan los vecinos “por comodidad” y “porque no tenían la recolección tan seguida”. Poco se sabe de la situación actual de la dueña, pero el terreno fue arrendado a un pequeño grupo de recicladoras de cartón, que no lo ocupan para su vivienda, solamente para guardar y almacenar los bultos de cartón, plástico y vidrio. Sin embargo, ellos acordaron y accedieron a la petición de Lucía y del presidente del barrio, para que la pequeña vivienda sea cuidada por Dalila Salas.

La basura que llega a la vivienda de la familia Salas, es resultado de un consumo de productos elaborados de baja calidad, que comprende desechos orgánicos e inorgánicos, entre ellos: fundas de leche, fideos, avena, cachitos, refrescos en funda, sachets de shampoo, salsa de tomate, mayonesa, y un número considerable de botellas de cerveza y de licor. En el barrio, sus habitantes, varones jóvenes y adultos consumen alcohol, hay quienes dicen que existen varias personas que venden licores y cervezas, aparte de la cantina; las mujeres en el barrio son quienes cocinan y/o compran diariamente alimentos de rápida preparación o golosinas a los niños/as; así menciona la dueña de la tienda: “Siempre vienen los hombres a pedir trago, pero sí pagan y entonces sí les vendemos, entre lo que más compran es “medias” de lo que haya de norteño o de los tragos secos. Las mujeres saben venir a comprar huevos, atún, aceite, maggys, arroz o si no se llevan así cositas para golosinas, los chitos, las papitas, los chifles, colas”.

No obstante, la falta de atención del Estado, por la escasa recolección de basura, ha dado paso a que los habitantes del barrio Jesús del Gran Poder generen espacios, basurales que contengan los desperdicios de los que no se ocupa el Estado. La contaminación generada por la basura da paso a malos olores y la procreación de

mosquitos y ratas²⁶. No se preocupan de la presencia de esta familia en el basural, que entre otras cosas está expuesta a enfermedades de la piel (prurito), piojos, problemas intestinales (por el consumo de agua no potabilizada), desnutrición, sobre todo en los niños y niñas. Auyero (1999) analiza el tema de la contaminación desde la lógica sistemática de Bourdieu (2000:140). “(...) estamos dispuestos porque estamos expuestos” es decir que la exposición a la contaminación engendra un conjunto de confusos, contradictorios y erróneos entendimientos (*mis-cognitions*) que se traducen en un largo, impotente e incierto tiempo de espera, un tiempo controlado por otros (funcionarios, doctores, personal de la compañía), un “tiempo alienado” (Bourdieu 2000:237), que en este caso, se puede percibir en los residentes del barrio Jesús del Gran Poder, pues son sumisos a una realidad dañina que los sobrepasa y esperan a que “alguien haga algo” pero se traduce en un interminable *tiempo de espera* (Auyero, 1999).

Al entrar un día en la vida de la familia Salas, se constata que Dalila se levanta a las cinco de la mañana para mandar a María, Joselin, Yomara y Luis a la escuela. Les prepara su desayuno (agua aromática con pan o chifles de plátano verde), les peina, les envía a la escuela y ella comienza a hacer su trabajo:

En principio yo me tenía que ir debajo de mañanita, a los almacenes de acá de la Villaflora a recoger los cartones, pero era bien duro venir cargando porque me ahorra los pasajes. Pero luego que la dueña de esta bodega (señora Carmen Flores) se compró la camioneta ella trae los cartones de almacenes del norte, del centro y del sur (los días domingos y lunes), entonces yo los doblo, y hago pacas de unos cien o ciento cincuenta cartones, depende (Dalila, 2013).

La señora Carmen Flores principal arrendataria del basural, contrata de manera informal a Dalila para que trabaje en el reciclaje de cartón, plástico y vidrio. Semanalmente le paga quince dólares por realizar lo siguiente:

Al cartón yo lo pongo por tamaños y luego los pongo uno encima de otro, así hasta que se haga una paca, que tiene unos cien o ciento cincuenta cartones. De ahí los amarro con unas cabuyas, ya cuando están unas veinte pacas la señora Carmen se lleva en la camioneta a la empresa que le compra el cartón. Al plástico en cambio es más duro, hay que lavar los baldes y las tapas en agua caliente para que salga bien la salsa de tomate y la mayonesa, ahí es que se me cortan las

²⁶Mientras realizaba la entrevista a Marco Antonio, hijo de Dalila, una rata pasó al frente de nosotros. Él supo decirme que se han acostumbrado a vivir con las ratas, que las sobras de la comida son para ellas, que no les provoca miedo, ni tampoco les han mordido.

manos porque hay que poner un poco de detergente para quitar la grasa. Hay que reunir unos cien baldes y la doña Carmen se lleva igual con el cartón. El vidrio no lo lleva porque no pagan mucho por eso (Dalila 2013).

El tiempo que le toma a Dalila trabajar con el cartón es de cinco a seis horas y con el plástico son alrededor de seis o siete horas cada día, en suma invierte trece horas para ser parte de la cadena de reciclaje. Su hijo, Marco Antonio, le ayuda todo el día amarrando las pacas y luego cargándolas hasta la camioneta para su transporte, además, le ayuda a poner plástico y hojas de zinc en el caso de acercarse la lluvia, para preservar los cartones. Tres o cuatro veces por semana la señora Carmen Flores insiste a Dalila para que se cumpla el objetivo de vender veinte pacas de cartón y cien baldes plásticos con sus tapas. Según Dalila: “se lleva los cartones y el plástico hasta Guamaní” a una empresa que se llama PACANAL²⁷. En cuanto al vidrio, se trabaja con botellas, en su mayoría de cerveza, colas, licores, que son compradas por los dueños de las tiendas y algunos de sus habitantes; cada botella vende a veinte centavos.

Luego de conocer el trabajo que Dalila realiza cada día, es necesario evaluar sus ingresos versus sus egresos. Estos últimos se destinan principalmente a la alimentación de ocho personas. Cabe señalar que los/las niños/as aportan en la obtención de recursos económicos que se detallará más adelante. A continuación en el cuadro No.1 se ilustra la descripción de cada ingreso y egreso que la familia Salas realiza mensualmente:

Cuadro No.1: Egresos e Ingresos económicos mensuales de la familia Salas

Descripción	Egresos mensuales	Descripción	Ingresos mensuales
Vivienda	\$5	Reciclaje de cartón	\$60
Servicios básicos	\$5	Venta de botellas de vidrio	\$ 2
Educación	\$5	Venta de botellas de plástico recolectadas por los/las niños/as	\$10
Salud	\$3		
Alimentación	\$50		

²⁷ Papelería y Cartonera Nacional Pacanal S.A tiene como objeto social La Elaboración, Compra, Venta, Importación, de Papel, Cartón y Materiales A Fines. Compra, Venta Arrendamiento de Bienes Muebles, Maquinaria, Materia Prima Para las Diversas Actividades. Disponible en http://www.securities.com/Public/companyprofile/EC/Papeleria_y_Cartonera_Nacional_Pacanal_SA_es_3398853.html

ón			
Transporte	\$3		
TOTAL	\$71		\$72
SALDO A FAVOR	\$1		

En consecuencia, pese a que la madre es la administradora de los recursos económicos, no se puede sostener sin el trabajo de todos sus hijos e hijas; de ahí la importancia de abordar la división sexual y generacional del trabajo que para la familia Salas constituye una estrategia de subsistencia.

4.2 División sexual y generacional del trabajo

Dalila es el sostén de la familia, su primera hija se casó y actualmente tiene tres hijos/as, no obstante permanece cerca de su madre y hermanos/as. Su cuarto hijo, Marco Antonio (dieciocho años), ayuda a Dalila en el trabajo de clasificación, empaque y carga de los bultos para su transporte, sumado al cuidado de sus hermanos/as pequeños/as, especialmente de Sarita (la más pequeña), a quien va a dejar y a retirar del Centro de Desarrollo Infantil. Miguel (diecisiete años) actualmente está en el cuartel, pero visita a su madre y hermanos/as cada vez que puede salir franco. Segundo (quince años) vive en el negocio propiedad del esposo de Lucía, él trabaja haciendo pan y ayuda en la limpieza del local; le pagan treinta dólares a la semana siempre y cuando “se logre vender, porque hay bastante competencia”. Segundo le da entre diez y veinte dólares para la comida a su madre.

María (doce años), Joselin (once años), Yomara (nueve años) y Luis (siete años), todos ellos estudian en tercer año de escuela básica, ellos/as se dividen las labores domésticas: María y Joselin se encargan de cocinar cuando llegan de la escuela, además lavan la ropa, limpian y ponen en orden las cosas de la casa; María y Luis recogen en su escuela y en las calles, de regreso a casa, botellas plásticas para luego venderlas, a la señora Carmen Flores. Les pagan cinco dólares por “cada costal de botellas plásticas” (cuarenta o cincuenta botellas). María relata:

“O sea con el Luis es como que competimos y vemos quién recoge más, casi siempre le gano yo, pero lo que nos pagan es para la escuela, porque mi mami a veces no tiene para darnos para la colación. [...] cada semana intentamos, pero a veces no se puede, porque no alcanzamos a traer porque no hay muchas (María, 2013).

Yomara es la más introvertida entre todos/as sus hermanos/as, suele responder con cierta agresividad. Ayuda a hacer pequeños mandados como pasar y retirar los platos al momento de la comida; y Sarita, la más pequeña, asiste diariamente al Centro de Desarrollo Infantil, ahí recibe alimentación, educación inicial y recreación.

En un día junto a la familia Salas la división del trabajo no solo es sexual sino también generacional, en tanto los niños y las niñas realizan actividades que les ayuden a subsistir en el barrio Jesús del Gran Poder. De esta forma, Marco Antonio, a tempranas horas de la mañana viste y alista a Sarita para llevarla al Centro Infantil del barrio, donde pagan cinco dólares cada mes por su alimentación y cuidado. Alrededor de las cinco de la tarde va a retirarla.

“Toño”, llamado así por su madre y sus hermanos/as, relata lo siguiente:

O sea, me levanto, me aseo, y ahí como yo me encargo de irle a ver y a dejar a mi hermanita al centro infantil, y nada me pongo a escuchar música, le ayudo a mi mami aquí en el trabajo y nada más. Con la seño Carmen sabe venir con los baldes y le sé pedir que ponga música en el carro que tiene y ahí sabemos estar trabajando. Un día ella me dijo que le enseñara a bailar salsa y que ella me llevaba a dar vueltas en el carro y así quedamos pero no puede bailar, es bien rudita, así que una vez no más me llevó al cuartel un día que le fui a ver a mi hermano el Miguel que está en el cuartel (Marco Antonio, 2013).

Mientras la madre y su hijo lavan los baldes, a las dos de la tarde llegan de la escuela María, Joselin, Yomara y Luis, portando los envases de botellas plásticas. María la mayor de ellos (12 años) se cambia de ropa y empieza a hacer el almuerzo que casi siempre es arroz más un acompañado, al respecto ella relata:

Cuando llego de la escuela casi siempre me toca hacer la comida a mí y me ayuda la Joselin, ambas hacemos porque mi mami cuando lava esas tapas de los baldes se corta las manos y le duele, entonces por eso nosotros le ayudamos. [...] hacemos arroz, una menestra de fréjol, de lenteja o así algún grano y un verde frito o maduro. Carne comemos poco, a veces mi mami compra pollo, o atún, pero eso más los sábados o domingos (María 2012).

De la misma forma, María y Joselin lavan su ropa y la de sus hermanos/as más pequeños/as. Pasadas las seis de la tarde se disponen a hacer las tareas de la escuela. De otro lado, Yomara y Luis, luego de cambiarse de ropa, arreglan las camas y salen a ayudar a Dalila y a Marco Antonio, haciendo pequeños mandados, por ejemplo, pasándoles agua, trapos, exponiéndose a peligros porque pasan junto a las grandes ollas de agua caliente. A veces se ponen a cortar con cuchillos unas cuerdas con las cuales se

amarran el cartón y los baldes. Al clasificar los desechos se encuentran con insectos y ratas. Luis de seis años de edad expresa lo siguiente:

Me gusta hacer los deberes pero le ayudo a mi mami y a mi hermano, hasta que esté la comida. Yo y mi hermana ponemos las botellas de vidrio ahí, los cartones allá, las botellas que traemos las pisamos para doblarlas, eso vende la María y con eso compramos a veces más comida. [...] las botellas cogemos de la calle, pero a veces también nos sacamos de la escuela (Luis, 2013).

Frente a las tareas domésticas María y Joselin disponen de menor tiempo para el juego, para el descanso y para sus estudios. Camacho (2002) sugiere que de esta forma se produce una 'adultización' precoz que deriva en el marcado sentido de responsabilidad que las mujeres internalizan, sobre todo frente a las tareas domésticas acompañadas del cuidado a los hermanos/as menores. Es así como, por un lado, se va conformando el rol que asumirán frente a la maternidad y a las otras actividades reproductivas, que posteriormente deberán cumplir, y por otro, se va interiorizando la ausencia de actividades de esparcimiento y de contacto social. Es decir que las mujeres van incorporando como natural la exclusión y el trato discriminatorio (castigos y violencia) que terminará construyendo su identidad subordinada.

Ya cuando la luz del día cae, alrededor de las seis y media de la tarde, Dalila y Marco Antonio entran a descansar, no obstante la madre debe ocuparse de hacer un café o una colada, especialmente para su hija más pequeña, que tiene un año y medio. Luego de recoger los trastos, lavarlos o ponerlos a remojo, entra a constatar que todos sus hijos e hijas estén durmiendo para ella también hacerlo aproximadamente a las nueve y media de la noche.

Es preciso en este punto abordar conceptos como marginación, exclusión y desecho, ya que todos ellos están articulados. De acuerdo a la Conferencia de Durban²⁸ el racismo es una de las principales razones para que se dé la discriminación, la misma que está a su vez estrechamente ligada a la pobreza, el subdesarrollo, la marginación, la exclusión social y las desigualdades económicas, todas contribuyen a la persistencia de actitudes y prácticas discriminatorias que son generadoras de más pobreza.

²⁸ Tomado del Plan Plurinacional para eliminar la discriminación racial y la exclusión étnica y cultural (2009)

De otro lado, la exclusión es el acto a través del cual se establece una distinción o segregación por género, etnia y/o clase²⁹. Además, puede expresarse en normas, decisiones y prácticas que tratan de un modo desigual los intereses y los derechos de hombres y mujeres. Haciendo referencia al barrio Jesús del Gran Poder, los términos anteriormente desarrollados convergen en el presente estudio, puesto que es un lugar que ha sido marginalizado por el Estado, donde no ha podido instaurar el orden y donde sus habitantes, la mayor parte indígenas, han sufrido exclusión representada en una desigualdad social, económica y política, siendo aún mayor para Dalila y su familia ya que la exclusión se funda en la sospecha al verla sola, empobrecida y negra.

Entre las actividades que realizan los varones del barrio, además de ser choferes de taxi, se desempeñan en oficios artesanales, como la albañilería, plomería, carpintería, cerrajería y otros. Las mujeres, a más de quedarse en casa al cuidado de los niños/as y niños, se dedican a las ventas ambulantes de comida, frutas y verduras, así como también a lavar ropa, cuidar niños, reciclar cartón y administrar pequeños negocios, como tiendas, salas de belleza, cabinas telefónicas. No obstante, todas las actividades que realizan tanto varones como mujeres, se desarrollan dentro del barrio y sus alrededores, en pocas situaciones se tienden a desplazar a lugares más centrales de la ciudad.

Desde el punto de vista de reciclaje de basura, en el barrio pocos son los varones que se dedican a esta actividad, son las mujeres las que recogen, limpian, clasifican y cargan la basura. Como sucede en la familia Salas, las niñas ayudan al quehacer doméstico y a cuidar a los más pequeños, los niños cargan agua, hacen mandados, y los niños más pequeñitos juegan entre ellos muchas veces entre los desechos o el material recolectado por sus madres. Es muy difícil describir la realidad de la vida de los marginados sin incurrir a críticas, sea por exagerar la dureza de la vida marginada, o sea por soslayarla (Lomnitz, 2002).

Debido a los ingresos familiares, que en su mayoría se acercan al salario mínimo vital (318 USD), el consumo de sus habitantes se refleja en productos de baja calidad y de acuerdo a Lewis (1961) esto es una muestra de la pobreza, donde no solamente se da un estado de privación económica, sino que los salarios bajos, la diversidad de ocupaciones no calificadas, el trabajo infantil, la escasez de ahorros y de dinero en

²⁹ Tomado de “¿Sabías qué...? Un glosario feminista” 2012.

efectivo, la ausencia de reservas alimenticias en casa, entre otros, da paso a un sistema de vida, en el que se transmite a lo largo de líneas familiares, como el vivir incómodos y apretados, falta de vida privada, alcoholismo, uso de la violencia física en la educación de los niños, iniciación temprana en la vida sexual, etc. En breve, “los que viven dentro de la cultura de la pobreza tienen un fuerte sentido de marginalidad, de abandono, de dependencia, de no pertenecer a nada” (Lewis, 1961: 17).

De otro lado, el trabajo de cuidado también es palpable en los quehaceres domésticos, ya que es un elemento constitutivo de la organización familiar y tiene sus raíces en la división sexual del trabajo. De acuerdo con Anderson (2006) los cuidados se organizan por el género, recayendo principalmente en las mujeres ya que la división social del cuidado en el hogar, se articula con los roles en la reproducción sexual, esto ocurre por ejemplo en el momento en que una madre da de lactar a su hijo/a. Los cuidados asimismo son varios y tienen múltiples connotaciones pero se puede sintetizar en la idea de que son afectos que implican atención, sacrificio, tiempo y entrega. En contextos de familias empobrecidas, los cuidados según la autora merecen una principal atención puesto que también se ven vulnerados ante hechos de violencia, abandono, enfermedades; no obstante las personas se organizan de tal forma que adultos, adolescentes y niños/as cooperan para su bienestar.

En cuanto a las familias del barrio Jesús del Gran Poder, pude observar que el crecimiento de la vida urbana, ha modificado los quehaceres del hogar porque hay electrodomésticos que facilitan los quehaceres domésticos: lavadora, aspiradora, microondas, entre otros, e incluso hay alimentos pre-cocidos, enlatados, que a pesar de que muchas veces estas familias no tienen los recursos económicos, hacen esfuerzos por adquirirlos y de esa forma ahorran tiempo y facilitan espacios para que mujeres, hombres y todos los miembros de la familia puedan dedicarse a la realización de otras actividades: trabajar, estudiar, recrearse. La familia Salas, debido a su vasta limitación de recursos económicos, no cuenta con las mismas facilidades de las otras familias del barrio, por lo que necesariamente cocinar, lavar, limpiar son tareas que deben ser distribuidas entre todos los miembros de la familia.

4.3 Los afectos, violencia y creatividad: la supervivencia de la familia Salas

La madre, sostén de la familia, es el centro afectivo, que da seguridad a cada uno de los hijos e hijas, ya que es el primer referente del lenguaje, y por ende, la primera comprensión del mundo (Aguirre, 2012). Lucía expresa lo siguiente:

Mi mami siempre ha sido buena con nosotros, siempre nos protegió de todo lo que nos tocaba pasar, cuando íbamos al monte nos daba de comer, nos curaba cuando nos enfermábamos como podía, porque no tenía a veces dinero pero no nos dejó solos. Cuando nos peleábamos con mis hermanos mi mami nos hablaba pero no nos pegaba, cuando hacíamos travesuras nos pegaba pero ya cuando mismo mismo...Nos enseñó que siempre debemos estar juntos y eso fue más cuando mis hermanos se perdieron, pero todo fue culpa del papá de mis hermanos, sino todos estuviéramos unidos, como hasta ahora cada uno tiene su vida pero estamos alado de mi mami (Lucía, 2013).

Los cuidados han estado muy vinculados a la familia y de ellos se desprende que las personas construyan una identidad. Las tareas domésticas son “el cumplimiento de una misión acordada a través de un pacto que concede a las mujeres una influencia social determinante” (Vega, 2007:69). Por lo tanto, los cuidados se organizan, socialmente, de acuerdo a la carga sociocultural que se desarrolla en la división sexual del trabajo.

Aunque las condiciones económicas, sociales y psicológicas eran conflictivas, Dalila pudo sobrellevar sus embarazos y cuidar de sus hijos e hijas, es decir, ella creó vínculos con ellos/as pese a que los cuidados se organizan socialmente y que según Vega (2007) “corresponden a expresiones de subjetividades encarnadas en los cuerpos por los que corren los afectos” (Vega, 2007: 61). Indudablemente todos los seres humanos necesitamos de cuidados, pero no todos podemos satisfacerlos ni si quiera poseerlos. Lucía quien ha sido un referente afectivo para su madre y viceversa, expresa lo siguiente:

Mi mami siempre ha sido bien buena con nosotros, en toda su pobreza, siempre nos dio a todos por igual, le daban un vaso de cola y nos daba a cada uno un sorbo, pero todos nos tomábamos la cola, ella siempre reuniendo de centavo en centavo, nos dio la educación, así sea que no acabamos (Lucía, 2013).

De la misma manera, los cuidados para Pérez (2006) son toda gestión y mantenimiento de la vida cotidiana y de la salud, la necesidad más básica y diaria que permite la sostenibilidad de la vida. Tienen una connotación material e inmaterial, en la primera se involucra al cuerpo y sus necesidades fisiológicas, y en la segunda todo aquello que se

refiere a bienestar emocional. Dentro de esta lógica, para la familia Salas, los cuidados han estado atravesados por diversas condiciones, como los recursos económicos y el espacio geográfico de su vivienda; sin embargo, dentro de sus posibilidades han procurado acceder a servicios públicos, especialmente, la salud y la educación.

Así también, las condiciones sanitarias de los dos cuartos que ocupa esta familia se mantienen limpios y en orden, lo cual pertenece al ámbito de los afectos, porque brinda a sus miembros la sensación de bienestar, confort y seguridad. Según Dalila: “limpio lo que quiera, aunque aquí no se puede mucho por el polvo, el lodo de afuera, los niños mismos que dejan una cosa por aquí por acá, pero ahí se hace lo que se puede”. Los/las hijos/as expresan que su madre ha sido muy amorosa, así como también “castigadora”, ya que deben cumplir con actividades laborales fuertes. En las relaciones existentes entre los/as hermanos/as, Lucía, hija mayor de Dalila, es a quien todos/as obedecen y respetan, ya que ella cuidó de ellos/as en ausencia de la madre. Lucía está pendiente a cada momento de sus hermanos/as. Al respecto María narra lo siguiente:

Lucía es muy buena, a veces que mi mami por algo se ponía triste, venía ella y como a ella le escucha, ya cambiaba y se iba a trabajar. Ella es que les ha dado trabajo a mis hermanos, el Segundo está haciendo pan ahí en el negocio del marido, el Toño también se va a trabajar ahí, y por ella venimos a Quito. Mi hermana siempre que puede le da plata a mi mami para poder comprar comida, poca pero ya nos ayuda (María, 2013).

En la familia Salas no solamente Lucía ha sido quien ha asumido un rol materno, sino todas las niñas, ya que ellas son quienes se ocupan de actividades como la cocina, la limpieza y el orden de la casa, de alguna forma, optimizan el cuidado de todos quienes habitan alrededor de Dalila.

Los hermanos varones, en especial “Toño”, en muchas ocasiones lo han considerado como el más “pegón”. Así lo expresan sus hermanas pequeñas, cuando Dalila iba a trabajar todas quedaban a su custodia, y tras alguna respuesta o actividad que no le agradara, él les pegaba con el primer objeto que alcanzara. Segundo y Miguel, no interferían en los castigos de “Toño”, ya que ellos siempre han estado más ausentes en la casa, han preferido estar cerca de su padre en Esmeraldas. María, Joselin, Yomara y Luis mantienen una mejor relación entre ellos, ya sea por la edad o porque estudian todos en el mismo grado. Por último, Sarita al ser la última hija, ha sido cuidada por todos sus hermanos/as, desde los/las más grandes, hasta los/las más pequeños/as. En

suma, los cuidados en la familia no son un hecho individual sino colectivo, se dan en dependencia de los/las menores hacia los/las mayores

De otro lado, mientras Dalila clasifica la basura que llega a su casa y recoge la del barrio, sus hijos e hijas, aún pequeños/as, juegan con alambres, juguetes en mal estado, cartones, latas. No obstante, en esta realidad, ha prevalecido su creatividad, dando un nuevo uso a los desechos que encuentran día a día, por ejemplo, las latas de conservas son forradas con papel de regalo y luego utilizadas para almacenar alimentos, pinturas de color, hilos; los cartones los usan para poner en el piso y así evitar el frío, así como para guardar su ropa y zapatos; las tapas de los baldes las ocupan como platos al momento de la comida; los cajones en los que se comercializan las frutas les sirve como bancos para sentarse alrededor de una pequeña mesa en donde comen los/las más pequeños/as.

4.4 A manera de cierre: la organización social del cuidado en los márgenes

Desde la llegada de Dalila Salas y su familia al barrio Jesús del Gran Poder, se ha generado un proceso de exclusión por racismo, sexismo y género, ubicándola en el “Margen de los márgenes”. Para Wacquant (2008) los márgenes sociales desde la perspectiva de la basura, son un producto de un progreso económico desigual, inequitativo. Este autor percibe que hay formas de marginalización que están delante nuestro y que seguramente seguirán creciendo con el desarrollo económico, político y social de los países. En el barrio Jesús del Gran Poder se encuentra esta desigualdad, mientras hay viviendas con grandes terrenos para cultivos y crianza de animales domésticos, también hay viviendas construidas en las laderas, considerando que hay un alto riesgo de deslizamientos de tierra; y al margen de esta realidad, está la familia Salas habitando el basural del lugar.

El barrio constituye un margen social, es un espacio donde el Estado no ha podido mantener el orden, es un espacio de excepción donde se instituyen formas alternativas de acción económica y política que permiten sobrevivir (Das y Poole, 2008: 25). Dentro de este margen social, el basural constituye un espacio físico, social y simbólico donde Dalila Salas y sus hijos/as pese al proceso de exclusión que han atravesado, han desarrollado estrategias para la consecución de recursos económicos, así como también han organizado sus roles alrededor del cuidado.

La familia Salas, integrada por la madre y por siete de sus hijos/as, transforman la basura en elementos para la vida, para comer, para sentarse, para protegerse del frío, en pocas palabras para subsistir. Además, la recolección y clasificación de cartón, plástico y vidrio, actividad que realiza Dalila y sus hijos/as desde los más grandes hasta los/las más pequeños/as, es una fuente de recursos económicos que les sirve entre otras cosas para alimentarse, pagar la vivienda, los servicios básicos, etc. La familia Salas ha aprendido a subsistir en este sistema segregado de espacio, de accesos y de posibilidades en gran parte por la subjetividad que Dalila ha formado a través de sus experiencias excluyentes. Según Curiel (2005) cuando una mujer se asume como “negra” se re simboliza aquello negativo en positivo aunque no necesariamente deconstruye las categorías. Apelar a la política de la identidad para muchas afrodescendientes es por tanto un acto político de resistencia y muchas veces de transformación.

De la misma forma, para Curiel (2005) estas estrategias de supervivencia, son parte de la lucha política de Dalila, frente a los sistemas de dominación que ha atravesado conjuntamente con su familia, entre ellos están los procesos de racialización (por ser afrodescendientes), el sexismo (porque es una mujer que está a cargo de sus hijos/as), y el clasismo (por ser una familia empobrecida de una parroquia rural). No obstante, su subjetividad, basada en sus representaciones y en sus referencias en interrelación con otros y otras, ha tenido que disputar todas esas estructuras sociales por la necesidad de visibilizarse, así como también de autoafirmarse ante la dominación cultural mestiza del barrio Jesús del Gran Poder. Por último, la construcción y desconstrucción de identidades, al menos en un lugar donde, ella y su familia, fue considerada como «sospechosa», implica un ir y venir en la lucha contra el racismo, el sexismo, el clasismo según los contextos, hegemonías y coyunturas políticas (Curiel, 2005).

La población afrodescendiente, de manera general, ha sido sujeta, de forma más directa, por la sociedad mestiza con un etiquetaje social negativo que impacta y traspasa todos los aspectos de su vida y de su experiencia cotidiana. Este etiquetaje o imagen que los otros “no negros” – “no indios” han creado y recreado históricamente a “lo negro”, incide en la formación de una autoimagen sobre el “yo – nosotros”, así como en el imaginario que se crea en torno a esos “otros”. Todas esas imágenes y percepciones se

expresan cotidianamente y tienden a reforzarse en los distintos grupos, en los continuos procesos de interacción social (Hernández, 2002: 102).

En cuanto al trabajo que realiza Dalila con ayuda de sus hijos e hijas, este se desarrolla en una cadena de reciclaje que consiste, según testimonios de la madre, en que la mujer líder de esta actividad, quien arrienda el lugar donde habita Dalila, recoge el cartón y el plástico mínimo tres veces cada semana, de barrios del norte, centro y sur de la ciudad de Quito; luego se depositan los recursos en el espacio donde habita la familia Salas para que sea clasificada. Al tratarse del cartón lo apilan por su tamaño (entre cien o ciento cincuenta cartones) que representan el peso requerido por la empresa recicladora; en cuanto al plástico se debe limpiar los baldes y sus tapas, en agua caliente para ser amarrados (entre ochenta y cien baldes). Finalmente este material es transportado por la mujer, dueña del negocio, a la empresa recicladora. Se desconoce con exactitud el precio que paga la empresa a la señora que emplea a Dalila. De todas formas, Dalila recibe la cantidad de quince dólares cada semana por casi trece horas de trabajo diario.

Las redes sociales, como señala Lomnitz (2002), son parte de un sistema económico informal, paralelo a la economía de mercado, que se caracteriza por el aprovechamiento de los recursos sociales. Los desechos inorgánicos, en especial el cartón, plástico y vidrio, se venden a empresas recicladoras, así como también para el intercambio. Aunque se utiliza relaciones sociales tradicionales (familia, el compadrazgo, la amistad), este sistema no es meramente un resabio de modalidades económicas primitivas y caducas, sino que constituye una respuesta evolutiva, plenamente vital y vigente, a las condiciones extremas de la vida marginada. Los mecanismos a los que recurren los marginados se basan en un sistema de relaciones sociales y parentales, debido a lo inestable y precario de la situación laboral.

De otro lado, los afectos reflejados en los cuidados que existen entre la madre y los hijos/as, son esenciales en su subsistencia. El género funciona como un elemento organizador del sistema económico, por tanto es necesario aclarar que tanto los adultos como los niños y niñas se reparten las responsabilidades sobre los cuidados y la sostenibilidad de la vida, que conlleva una redistribución de las mismas responsabilidades y una reorganización de los trabajos de cuidados. Lucía, de quien poco se ha mencionado en este capítulo, pese a que no vive junto a su madre y sus

hermanos/as, procura ayudarles económicamente. Pero, además, es quien organiza las tareas domésticas y está pendiente de cualquier situación. Lucía menciona:

“mi familia es mi familia, yo así calladita de mi esposo le llevo a mi mami aunque sea dos dólares. Cuando mi esposo se va al Quinche a verle a la familia, yo me voy donde mi mami, como son bastantes siempre mi mami necesita que le ayude, más con los chiquitos” (Lucía, 2013).

Para Jelin (2010) la familia es una institución social que regula, canaliza y confiere significado social y cultural a la procreación y a la sexualidad, necesidades que estaban ligadas al concepto tradicional de familia. No obstante la convivencia cotidiana, traducida en la idea del hogar y del techo, aborda una economía compartida, una domesticidad colectiva y el sustento cotidiano (Jelin, 2010: 23). La autora plantea que hay una multiformidad de familias, pues está ligada a transformaciones sociales, económicas y culturales de la sociedad. Además, la familia no es una institución aislada, ya que forma parte de un entramado de relaciones y prácticas sociales, estatales, ideologías, prácticas religiosas y económicas, que actúan simultáneamente para configurarla. (Jelin, 2010:25).

De otro lado, el afecto dentro de la familia tiene un carácter fundamental, pese a que se construye socialmente, sobre la base de la cercanía en la convivencia, las tareas de cuidado y protección, de la intimidad compartida, de las responsabilidades familiares que las demás instituciones sociales (la escuela, la Iglesia, el Estado) controlan y sancionan.

Hay vínculos de afecto que se forman entre la pareja o en otras relaciones de parentesco, pero también hay responsabilidades sociales de protección material, simbólica y afectiva ligadas a estos vínculos, es decir que en cualquier tipo de familia, la maternidad, las tareas domésticas, el cuidado de los/as niños/as, el afecto y la devoción de la figura de la madre, están en constante transformación y deberían ser organizadas entre quienes conviven. (Jelin, 2010:26 – 27).

CAPITULO V

CONCLUSIONES GENERALES

LUEGO DEL TRÁNSITO Y LA ESTADÍA EN LA VIDA DE DALILA SALAS Y SU FAMILIA

Esta investigación se inició con el objetivo de analizar ¿Cómo ocurren los encadenamientos de la violencia estructural a través de la segregación espacial y la violencia de género, a través de la historia de Dalila Salas y su familia? Pero ¿Qué es la violencia y cómo se manifiesta? Cuando se revisaba la bibliografía, pero sobre todo cuando se participa en la cotidianidad de Dalila Salas y su familia se pudo comprender la complejidad del término, pues se trata de un sistema en el que intervienen varios actores y elementos tangibles e intangibles.

La violencia tiene estructura y se reproduce a nivel socio-económico o doméstico. Se manifiesta de muchas maneras: en el abandono del Estado, en el racismo, en la inequidad económica y social, en la violencia de género. Partiendo de este hecho, el análisis nos permite plantear: ¿Cómo, mediante el recorrido por las dos periferias urbanas: el barrio Jesús del Gran Poder y la parroquia Carlos Concha, la violencia estructural apunta hacia varias direcciones, es multiforme? Para tratar de responder a estas interrogantes fue necesario proponer un estudio basado en verticalidad y su micro verticalidad en la intimidad.

La verticalidad de la segregación espacial, la explotación laboral, ocurre principalmente desde los organismos estamentales. El Estado debe proveer de los servicios básicos, educación, salud y vivienda; no obstante, en las periferias analizadas hay un abandono por parte éste, puesto que se han dado procesos de segregación espacial, de explotación laboral y racista, lo que desemboca en el empobrecimiento de los sujetos. Por un lado, en el barrio Jesús del Gran Poder, los habitantes obtuvieron y accedieron a los servicios básicos por medio de su autogestión, o por actividades como las mingas que permitió la formación de redes sociales. Por otro lado, en la parroquia Carlos Concha las empresas madereras intervienen con su actividad extractiva en sus

territorios, principalmente por concesiones del Estado, lo que generó desposesión, desplazamiento y a la postre migración de las familias.

La micro verticalidad de la intimidad surge entre sujetos subordinados, es decir, de varones hacia mujeres, o viceversa, mediante las máximas expresiones de desigualdad de poder entre estos sujetos, el abuso sexual y el incesto. En el barrio Jesús del Gran Poder este tipo de violencia se da entre varones y mujeres que han sido estigmatizados/as por su situación económica, racista y de género, provocando exclusión e imaginarios sociales que conduce a relaciones de conflicto por los territorios y espacios de poder. En la parroquia Carlos Concha la micro verticalidad íntima se manifiesta en los hogares, donde los varones son quienes mantienen una relación de subordinación a las mujeres, debido a hechos históricos y políticos, así como también al limitado acceso a la educación y a actividades económicas en la zona. Las mujeres dependen económicamente de sus parejas y muchas de ellas se dedican a la servidumbre y la crianza de sus hijos/as.

En base a lo expuesto anteriormente, en la violencia estructural, su verticalidad y su micro verticalidad de la intimidad no están separadas, se articulan, se yuxtaponen. En los dos contextos analizados, la violencia se manifiesta en los sujetos de tal manera que si una vez fue víctima, luego será victimario, generando así un encadenamiento o continuum de violencia. De la misma manera, los sujetos naturalizan a esta violencia, la integran a su cotidianidad, de tal forma que llegan a un punto en el que la conciben como algo “normal”, es decir ven y sienten el peligro como algo natural. En este continuum de la violencia, también se produce un continuum de las desherencias, la violencia es un aspecto que pasa de generación en generación por un patrón cultural que subyace de la construcción simbólica e imaginaria, a nivel cognitivo, emotivo y social.

Hechos concretos, como la habitación del basural, es la expresión máxima de la violencia estructural, ya que están al límite del empobrecimiento extremo, expuestos a peligros, enfermedades, aislamiento y exclusión social. Otro aspecto estructural de la violencia es el racismo, que si bien no ha sido desarrollado como tal a lo largo del estudio, ha sido un eje transversal debido a que la familia Salas es afrodescendiente y es otra razón para que la verticalidad y la micro vertical se articulen.

Hablar de gente negra implica una heterogeneidad, pues en nuestro país hay afrochoteños, afroinmabureños, afroesmeraldeños, pero el imaginario social es que

todos son “negros”. Desde esta idea es posible entender que la población afrodescendiente ha atravesado por procesos de colonialidad del poder (Lao Montes, 2006) que se representan en la desposesión territorial, abandono y explotación del trabajo para la obtención de capital, en la dominación etno-racial y cultural, y en la dominación sexual y de género. Estas jerarquías de poder y formas de desigualdad y opresión irrumpen en la vida de Dalila Salas y sus hijos e hijas en los contextos estudiados, siendo a mi juicio el punto máximo del racismo dos momentos. En el primero, se realiza un trueque de madera por niños. En el segundo, la ocupación del basural del barrio Jesús del Gran Poder.

Resulta impensable que hasta hoy continúen dándose prácticas y discursos con aires de esclavitud, que anulan todo valor humano, social y cultural. De la misma forma, la exclusión y discriminación de los habitantes del barrio hacia la familia Salas, “como un desecho más”, los invisibiliza y desposesiona de toda oportunidad y acceso a vivienda, trabajo, salud, educación, etc. En suma, la racialización determina procesos y relaciones en los espacios sociales que controlan y someten, a partir de una esencialización de las desigualdades y diferencias.

La concepción de la idea de espacio ha ocupado un importante eje analítico a lo largo de este estudio, y es necesario abordarlo ya que hay una diversidad de enfoques. Los geógrafos desarrollan el concepto de espacio socioeconómico, los psicólogos y antropólogos, el concepto de espacio personal, etc. Sin embargo el concepto que mejor se engrana en este estudio es el de espacio social, el mismo que corresponde a un territorio que involucra una red de relaciones, donde los individuos procuran alcanzar sus intereses para sí y su comunidad (Harvey, 1977: 28). Traspolando esta idea a las periferias, el espacio social se ve atravesado por procesos migratorios, interétnicos, que a su vez han sido racializados y generizados, puesto que las estructuras del espacio físico están íntimamente relacionadas con el espacio social, por lo tanto, las dinámicas relacionales permiten definir los modos de convivencia, las formas de segregación, los niveles de estatus y la orientación social de los procesos estéticos de los barrios. En este sentido las viviendas juegan un papel a partir del cual se denota segregación, por ejemplo, los muros o cerramientos, aparte de definir un tipo de estética de la seguridad, denotan el prestigio de las transformaciones urbanas simbolizando la privacidad; sin embargo, en las periferias, pocos son los que tienen “derecho” a la privacidad, la mayoría están expuestos a la inseguridad y violencia. En cuanto a la familia Salas, el

hecho de vivir en un lugar donde todos tienen acceso, se exponen al control, violencia y discriminación social constante.

El desplazamiento y la migración del campo a la ciudad, generalmente son concebidas como formas de crecimiento urbano que acarrearán varios problemas demográficos y sociales como el empobrecimiento por falta de fuentes de trabajo, mendicidad, delincuencia, inseguridad, etc. Estos imaginarios o estigmas sociales se mantienen a través de discursos y prácticas racistas, sexistas, clasistas que dividen a nuestra sociedad. Al contrario, para los sujetos marginalizados el migrar del campo a la ciudad son estrategias de supervivencia, ya que buscan reconocimiento social, y mejores oportunidades laborales, porque el área rural ha sido abandonada y desatendida por el Estado. El barrio Jesús del Gran Poder es un territorio que ha sido constituido en su mayoría por familias que han migrado de la sierra central, es aquí donde inicia la segregación por un proceso de urbanización.

A partir de la experiencia de Dalila y su familia, el desplazamiento y la migración, no ha ocurrido solamente una vez sino varias, lo que determina constantes movimientos como “nómada”³⁰, es decir que el sujeto nómada siempre va a buscar espacios que le permitan regenerar su identidad, que difícilmente en espacios segregados lo van a poder hacer. Pese a estos cambios que generan rupturas, Dalila y su familia han organizado las tareas del cuidado, que es otro de los recursos que hace posible su existencia. La división sexual y generacional del trabajo en la familia Salas ocurre de tal manera que no solo la madre es la proveedora de recursos económicos, sino también los hijos e hijas.

El trabajo de Dalila consiste en la clasificación y reciclaje de cartón, plástico y vidrio, formando parte de una cadena de reciclaje. En esta cadena, ella y su familia, sufren explotación, porque su contratación es informal, labora de diez a doce horas diarias y los sesenta dólares que recibe al mes no son suficientes para mantener a ocho hijos/as. Los niños/as aportan a su hogar con diez dólares al mes, mediante la venta de

³⁰ El nomadismo es un «tipo de conciencia crítica que se resiste a establecerse en los modos socialmente codificados del pensamiento y la conducta, el nomadismo se ubica en una conciencia permanente de transgresión más que en el acto del desplazamiento físico, o el viaje. De allí se desprenden elementos esenciales para la consideración de las identidades como no esenciales y las estrategias de resistencia y subversión que dichos sujetos levantan» (Braidotti, 2000: 166)

botellas plásticas que recolectan diariamente en el transcurso desde su casa a su escuela y viceversa.

En cuanto al trabajo doméstico, las tareas son divididas especialmente entre las niñas, los varones se dedican especialmente a hacer “mandados” y a ayudar a Dalila a cargar los bultos en los que trabaja diariamente.

Finalmente, la organización social del cuidado en un hogar al límite del empobrecimiento y la exclusión social, es dividido entre varones y mujeres, desde los/las niños/as, hasta los/las adultos/as, porque deben cubrir y satisfacer las necesidades básicas que el Estado no ha llegado a proporcionar. Por su parte los habitantes de barrio también son parte de este abandono, ya que han sido indiferentes ante este hecho concreto. Como se analizó desde Auyero (1999) a pesar de que el barrio conoce de la vivienda de la familia Salas en el basural y de la contaminación paisajística y ambiental que este espacio genera, se han quedado como meros espectadores a una realidad de la que forman parte; han invisibilizado y han acentuado la estratificación por clase, raza y género.

BIBLIOGRAFÍA

- Achig Lucas (1983), “El proceso urbano de Quito”. FLACSO - Ecuador
- Aguirre Andrea (2012), El cultivo de nuestra memoria sensible, de la maternidad gozosa y poderosa, En: Resistencias ecofeministas, naturaleza, comunidad y amor, Revista: Flor del Guanto Nro. 4.
- Anderson Jeanine (2006) “Género de cuidados”, En: http://imas2010.files.wordpress.com/2010/06/anderson_71-93.pdf
- Auyero Javier (1999), “Expuestos y confundidos: Un relato etnográfico sobre sufrimiento ambiental”. Disponible en: www.flacso.org.ec/docs/i28auyero.pdf
- Benjamin Walter, Para una crítica de violencia, En: Para una crítica de la violencia y otros ensayos, Iluminaciones IV, Grupo Santillana Eds. 1998.
- Boesten Jelke, 2008 “Narrativas de sexo, violencia y disponibilidad: Raza, género y jerarquías de la violación en Perú” En: Raza, etnicidad y sexualidades. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. P.p. 199 - 220
- (En Porras 2009, 2008, entrevista).
- Bonino Luis (7) (2002), “Masculinidad, salud y sistema sanitario” El caso de la violencia masculina
- Bourdieu Pierre (1994). “El espíritu de la familia. Razones prácticas sobre la teoría de la acción”. Barcelona: Anagrama. P.p. 135-145.
- Bourdieu Pierre, 1999, “La miseria del mundo” Buenos Aires, FCE. (PP. 110-124)
- Bourdieu Pierre y Wacquant Löic (1995), "Respuestas. Por una Antropología Reflexiva", Ed. Grijalbo, pág. 120.
- Bourgois Philippe, 2002, “El poder de la violencia en la guerra y en la paz: lecciones pos – Guerra Fría de El Salvador”. En: Apuntes de Investigación del CECYP No. 8, P.p. 73 – 98.
- Brunet Graciela, Giorgio Agamben, Lector de Hannah Arendt, Convergencias, filosofía y culturas en diálogo.
- Teresa Pires, do Rio Caldeira, 2007, “Ciudad de muros”, Gedisa, Barcelona, (Cap. 7)
- Camacho Gloria (1997), “Mujeres Fragmentadas”. Quito: CEPLAES. Disponible en: <http://www.flacso.org.ec/docs/antgencamacho.pdf>

- Cravino, María (12) Cristina, 2012, “Habitar nuevos barrios de interés social en el área metropolitana de Buenos Aires: el espacio construido por el Estado y vivido por los vecinos”, en Bolívar, T; Erazo, J, (Coords), Dimensiones del Hábitat popular latinoamericano, Quito, FLACSO-CLACSO-Instituto de la Ciudad.
- Curiel Ochy (2005), “identidades esencialistas o construcción de identidades políticas: El dilema de las feministas afrodescendientes. En: Mujeres Desencadenantes. Los Estudios de Género en la República Dominicana al inicio del tercer Milenio. INTEC. 2005. República Dominicana. ISBN: 99934-25-55-9.
- Dalla Costa, M. (2006) “La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguardia de la vida”, En Laboratorio feminista, transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista, producción, reproducción, deseo, consumo. LABORATORIO FEMINISTA. Pp. 59-79.
- Das Veena y Poole Deborah (2008). “El estado y sus márgenes: Etnografías comparadas”. Cuadernos de Antropología Social, 27. P. 19-51.
- De la Torre Carlos (2002), “Afroquiteños, ciudadanías y racismo”. Quito, Centro Andino de Acción Popular, pág. 17
- Guerrero Fernando (2005), “Población indígena y afroecuatoriana en Ecuador: Diagnóstico sociodemográfico a partir del censo de 2001”. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Santiago de Chile.
- Harvey David (1977), “Breve Historia del neoliberalismo”. Disponible en: <http://cdamcheguevara.files.wordpress.com/2012/06/harvey-david-breve-historia-del-neoliberalismo.pdf>
- Harvey David (1977), “Urbanismo y desigualdad social”. Disponible en: <http://ebookbrowse.net/harvey-david-urbanismo-y-desigualdad-social-pdf-d209630483>
- Hernández Katty (2005), “Sexualidades afroserranas: identidades y relaciones de género”. Abya – Yala, Quito – Ecuador, P.p. 58 - 96
- Kingman Eduardo (2009), Cultura Popular, Vida Cotidiana y Modernidad Periférica. Quaderns 25, pp. 47-69. ISSN 0211-5557 FLACSO-Ecuador
- Lao Montes Agustín (2007), “Hacia una Analítica de Formaciones Étnico-Raciales, Racismos y Política Racial” (Pendiente revisar bibliografía)

- Lewis Oscar (1959). “Antropología de la pobreza”. Editorial Fondo de cultura económica, P.p. 189 – 257
- Lewis Oscar (1963), “Nuevas observaciones sobre el “continuum” folk-urbano y urbanización, con especial referencia a México”, versión electrónica en:
- <http://es.scribd.com/doc/23727877/Nuevas-observaciones-sobre-el-continuum-folk-urbano-y-urbanizacion-con-especial-referencia-a-Mexico>
- Lomnitz Larissa (1975), “Como sobreviven los marginados”, México, Siglo XXI Editores. (pp. 15-31; 140-171) Versión electrónica: <http://es.scribd.com/doc/89527117/Como-Sobreviven-Los-Marginados>
- Maldonado-Lince Guillermo (1979), “La reforma agraria en el Ecuador, una lucha por la justicia”. En la revista NUEVA SOCIEDAD NRO. 41 MARZO-ABRIL. P.p. 14-29
- Minda Batallas Pablo, "Esmeraldas: un centro de resistencia y de diálogo Afro-amerindio" En: "La perspectiva de la interculturalidad: Reflexiones y testimonios desde América Latina" Cuenca, 2007
- Novoa Torres Edgar A. (2006), “Reseña de "Sujetos nómades" de BRAIDOTTI Rosi” En: Revista Colombiana de Bioética, vol. 1, núm. 2, julio-diciembre, 2006, pp. 165-167, Universidad El Bosque Colombia. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=189217259007>
- Nieto Raúl, “Plan Estratégico Parroquia Carlos Concha”. Disponible en: <http://www.congope.gob.ec/sites/default/files/001%20Plan%20Estrat%C3%A9gico%20Participativo%20Parroquial-Carlos%20Concha.pdf>
- Olavarría José y Parrini Rodrigo (2000). “Masculinidad/es: identidad, sexualidad y familia”. Santiago de Chile: FLACSO – Chile
- Pérez Amaia (2006), “Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico”. Revista de Economía Crítica, nº 5. Marzo de 2006, PP. 7-37. ISSN: 1696-0866
- Pérez Amaia y López Silvia (2011). “Desigualdades a flor de piel: cadenas globales de cuidados”, de la edición ONU mujeres
- Pineda Medina y Naizot Anne-Lise (2010) “Estudio de impacto social de las amenazas territoriales en los centros Guadualito y Balsareño -Territorio Awá”. Disponible en:

<http://flacsoandes.org/reporte/bitstream/10469/2430/1/TFLACSO-02-JPM2010.pdf>

- Poole Deborah (2009). “Justicia y comunidad en los márgenes del estado peruano.” En Pablo Sandoval. Repensando la subalternidad. IEP. P. 599-638.
- Rahier Jean (1999), “Representaciones de gente negra en la revista Vistazo, 1957-1991: La lucha de los pueblos dominados ha consistido en cuestionar y combatir las representaciones contenidas en el discurso dominante” Revista ICONOS. FLACSO - ECUADOR (p.p. 96 – 105)
- Redfield Robert (1947), “La sociedad folk”, Versión electronic en: <http://es.scribd.com/doc/54475753/Sociedad-Folk-R-Redfield>
- Reyes Hernán (2002). “¿Qué mismo es esa cosa llamada familia?: esbozo de los nuevos paradigmas comprensivos”. En: Ecuador Debate #56. P.p. 57 – 71
- Rosas Ruth (2010), “Los negros esclavos y el tribunal de la santa inquisición en Lima y en Cartagena de Indias (1570-1650)”, Universidad de Piura
- Rubin Gayle (1997). “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”. En Género. Conceptos básicos. Programa de Estudios de Género, Pontificia Universidad Católica del Perú, (41-64)
- Scheper -hughes Nancy (1997). “La muerte sin llanto: violencia y vida cotidiana en Brasil”. Ariel. Barcelona
- Schussler Stuart (2009). “Entre la sospecha y la ciudadanía: refugiados colombianos en Quito” Ediciones Abya-Yala. Quito-Ecuador
- Segato, Rita Laura, 2003, “Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos”, Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- Silva Charvet Erika (2010), “Feminidad y masculinidad en la cultura afroecuatoriana”. Ediciones AbyaYala.
- Strauss Claude Levy: “Estructuras elementales del parentesco”, Cap. I, p.p. 1-42
- Taussig Michel, El terror como lugar común: la teoría de Walter Benjamín en la historia como estado de sitio (Pp. 25-55), En: Taussig: Un gigante en convulsiones: El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente, Gedisa, Barcelona, 1995
- Valdivia Carmen (2008). “La familia: concepto, cambios y nuevos modelos”. La Revue du REDIF, Vol. 1, pp. 15-22, www.redif.org

- Vallejo Andrés (2001), “Esmeraldas perdida” En: Revista Terra Incógnita No. 12. Disponible en: http://www.terraecuador.net/revista_12/12_esmeraldas_perdida.htm
- Vega Cristina (2009), “Culturas de cuidado en transición: espacios, sujetos e imaginarios en una sociedad de migración”. Editorial UOC. Barcelona. Disponible en: <http://books.google.com.ec/books?id=kvdauaqxtrAC&pg=PA31&dq=perez+organizacion+del+cuidado&hl=es419&sa=X&ei=01rdUqekGcOw7AaPzYCoAQ&ved=0CEEQ6AEwAw#v=onepage&q=perez%20organizacion%20del%20cuidado&f=false>
- Viveros Mara (2008), “Más que una cuestión de piel” En: “Raza, etnicidad y sexualidades: ciudadanía y multiculturalismo en América Latina”. Segunda Edición: Bogotá – Colombia, P.p. 246 - 278
- Wacquant Loic (2007). “Los condenados de la ciudad: Gueto, periferias y Estado”. Siglo XXI editores, Buenos Aires
- Wacquant Loïc (2004), “Parias Urbanos”. Manantial, Buenos Aires. (Cap. 3)
- Walsh Catherine (2009), “Derechos, territorio ancestral y el pueblo afroesmeraldeño” En Informe de derechos Humanos 2009-2010. Universidad Andina Simón Bolívar, Quito.

Entrevistas

Carrión, A. (01 de Octubre de 2012). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Chacón, L. (01 de Diciembre de 2012). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Changoluisa, E. (01 de Enero de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Chavéz, P. (01 de Junio de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Chiliquina, P. (01 de Febrero de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Cruz, F. (01 de Octubre de 2012). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Gómez, N. (01 de Diciembre de 2012). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Guano, M. (01 de Marzo de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Manosalvas, J. (01 de Diciembre de 2012). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Palacios, H. (01 de Marzo de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Pallo, J. (01 de Diciembre de 2012). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Quiroz, A. (01 de Febrero de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Salas, D. (01 de Marzo de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Salas, D. (01 de Abril de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Salas, D. (01 de Marzo de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Salas, L. (01 de Enero de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Salas, L. (01 de Abril de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Salas, L. (01 de Marzo de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Salas, M. A. (01 de Febrero de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Salas, M. A. (01 de Marzo de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Sánchez, L. (01 de Noviembre de 2012). (G. D. Cruz, Entrevistador)

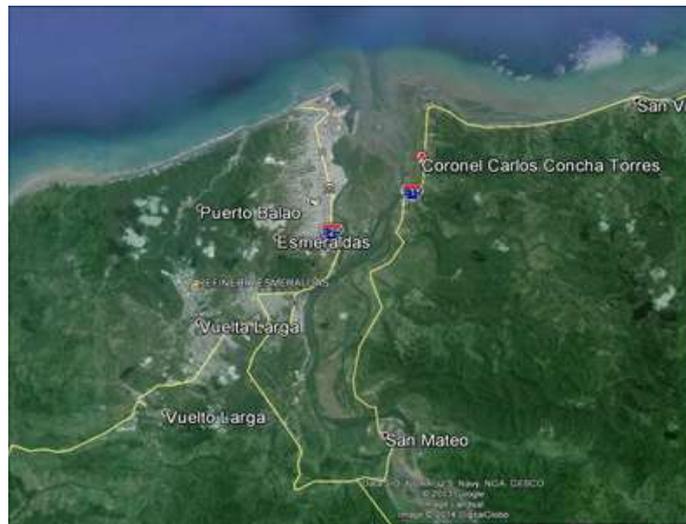
Tipan, J. (01 de Enero de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

Vasqu ez, K. (01 de Enero de 2013). (G. D. Cruz, Entrevistador)

ANEXOS



Fotografía 1. Mapa de ubicación del barrio Jesús del Gran Poder – Sur de Quito



Fotografía 2. Mapa de ubicación de la Parroquia Coronel Carlos Concha – Provincia de Esmeraldas



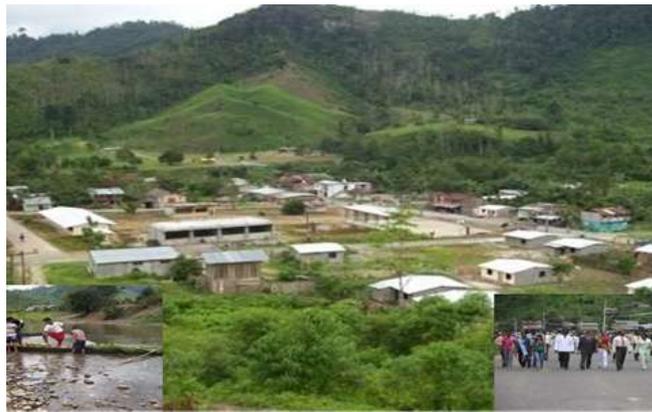
Fotografía 3. Fachada de la vivienda de la familia Salas.



Fotografía 4. Panorama de la entrada a la vivienda de la familia Salas.



Fotografía 5. Panorama del basural, lugar de vivienda de la familia Salas.



Fotografía 6. Panorama de la parroquia Carlos Concha
– Provincia de Esmeraldas